LOS VENCIDOS NO CREEN EN DIOS

Juan Padrón

JUAN RADRIGAN

LOS VENCIDOS NO CREEN EN DIOS

(CUENTOS)

COLECCION SISIFO N.o 2
C. E. I.

EDITORIAL "ENTRECERROS"
SANTIAGO — CHILE
1962

Es propiedad.
Inscripción Nº 25575.

Portada e ilustraciones: **Pedro Bolados.**

Printed in Chile
Impreso en Chile

Para mi madre.

Para mis hermanos.

Y para todos aquellos que pasan por la vida, sin dejar más huellas que el eco desgarrado de sus llantos y los espectros de sus esperanzas.

—Muchacho, ¿Qué piensas tú que es lo contrario de noche?

—El día.

—Muy bien, muchacho. ¿Entonces, si yo te digo mar, qué contestas?

—Tierra, señor.

—Exacto. ¿Y si yo te digo dolor, en qué piensas?

—E.... e ... ¡En la felicidad, señor!

Santiago, 23 de Agosto de 1962.

Sr. Juan Radrigán.
Director de "Cuadernos Inéditos"

Carísimo colega de las lides literarias:

Adjunto te remito los originales del libro **"Los vencidos no creen en Dios"**. He leído detenidamente tres veces el cuento "Los vencidos no creen en Dios". Durante estos días he meditado mucho en él. No es materia nueva para mí por conocer esa realidad desde el primer día que viví en las poblaciones callampas con los universitarios. Es una triste verdad amarga del siglo veinte.

Encuentro muy lógica la concatenación de los temas que lleva a un desenlace en el último cuento.

Charles Moeller, en alguna edición especial para AMERICA LATINA se ocupará de tu libro en LITERATURA DEL SIGLO VEINTE Y CRISTIANISMO. No sé en qué capítulo te insertará; el Silencio de Dios, con Camus. Gide. Huxley o en Esperanza Humana, con Malraux, Kafka, Francois Sagan, etc.

Por tocar el tema de Dios con toda la implicación filosófica y teológica que esto supone, has de estar dispuesto a enfrentar toda la artillería de la crítica hasta del campo metafísico, donde te plantearán el problema de la existencia del mal y su permisión, preliminares de la libertad, ética del cuento y la frustración de sus personajes...

Espero hablaremos largo y tendido de todos estos temas.

Tuyo siempre afmo.

Aldo de la Reyna
Académico Honorario de A.H.A.Z.

PROLOGO

Presento a la consideración de los lectores este libro de cuentos. Me es grato hacerlo. Verdaderamente grato, pues considero que es un aporte valioso a la desvaída literatura nacional.

"Los vencidos no creen en Dios" es una obra amarga y sincera. Es un estremecedor y patético documento de la desesperación, la angustia y el hambre. Los personajes de Juan Radrigán son, casi todos, seres asaeteados sin piedad por la vida. Son obscuros y desgarrados. Pero profundamente humanos, son vidas heridas que al morir se convierten en gritos abiertos que golpean nuestras adormecidas conciencias. Hombres, mujeres y niños desfilan por estas páginas, como espectros desesperados, hambrientos de vida, que miran al cielo. Un cielo, desgraciadamente tan alto, que tampoco a él llegan sus lamentos. Mas, con todo, no es una obra pesimista. Ese torturante empecinamiento de sus personajes por seguir viviendo mientras todo cae deshecho a su alrededor, esa búsqueda incesante de un pedazo de felicidad "que prestigie sus vidas tan oscuras y estropeadas", es todo un canto de esperanza. La vieja que mendiga para hacerle un regalo a su hijo y ese extraño anciano que se quema las manos por no matar a su perro, que para él representa la prolongación de su existencia, son símbolos maravillosos de la infinita bondad humana.

Juan Radrigán es un escritor espontáneo, duro y real como la vida. Siente una profunda aversión por la palabra egoísmo y expresa conceptos muy particulares sobre Dios y otras cosas. Mas, aun cuando a veces parezca recargar demasiado las tintas, no es la suya, como dije, una literatura negativa. Muy por el contrario. Al presentar, con tan extraña tenacidad, esos cuadros alucinantes de miseria y dolores sin fin, esos constantes lamentos y gemidos, esas vidas atrozmente destrozadas, el autor clava profundamente en el co-

razón de el lector un anhelo tremendo de justicia y amor. Le hace sentir por contraposición, todo el inmenso significado de esa palabra que tinene más anchura que el mar y más profundidad que el infinito: igualdad.

Ese es su mayor mérito. Hacer desear, casi con desesperación, que cesen esas terribles tragedias —que son calientes bofetadas en nuestros rostros siempre impasibles ante el dolor ajeno—, esos inhumanos sufrimientos que llagan las carnes impotentes de nuestros semejantes, envenenándoles las horas, llenándolos de rencor y amargura, embruteciéndolos de una manera espantosa; haciéndolos arrastrarse como serpientes malditas por este trecho saturado de luz y amor que se llama Vida.

Por eso, porque el dolor de este libro es semilla de esperanza, porque comprendo, como el autor, el mensaje de las almas magras y porque me duele también la angustia de los que se olvidaron de reir, es que digo que esta obra, despiadada y fecunda, es un valioso aporte á la literatura nacional y al libro infinito del Hombre.

Hiram Cantillana.

La Madre de Juan

DIA.

Don Miguel está sacudiéndoles el polvo a unas revistas, cuando entra la vieja. Una rápida ojeada le basta para calificarla: una pordiosera.

—¡No hay plata, no hay plata! —dice entonces, moviendo aparatosamente los brazos.

—Caballero —dice ella, como si no le hubiese oído—, querría comprar una novela.

—¿Usted?

—Sí, aquí traigo la plata —se la muestra envuelta en un pañuelo.

—¿Cuánta plata tiene?

—No sé... yo tenía doscientos ochenta pesos, después me pagaron trescientos cincuenta y Diego me dio cien más. Aquí la tengo toda.

Ahora la mira con más detenimiento; no le gusta lo que vé ; la vieja es alta y flaca, las puntas de los huesos le salen rebeldes por todas partes, como tratando de romper el delgado vestido que los cubre, una greña de cabellos grises le cae a un lado del rostro. Hace mucho calor, pero ella lleva un chal de lana negra, cubriéndole los hombros y el pecho. De no ser por la extraña mirada de sus ojos pardos, don Miguel la hubiese sacado a empellones. En esos inmensos ojos cercados de arrugas, hay petrificadas siete noches de lluvia, angustia, miedo, desolación, frío. Miran con la desgarrante quietud de la muerte. Son los ojos del esclavo que ve alzarse sobre él el látigo y no puede hacer nada, si no arrodillarse y hundir las manos vendidas en la tierra. El dolor casi inhumano que se refleja en ellos, palpa suavemente su corazón. "Después de todo, quizás aquí esté la primera venta de la tarde", se dice. Y en voz alta:

—¿Cuánto dijo que tenía?

—Doscientos ochenta, más trescientos cincuenta y cien más que me dejó Diego.

Don miguel saca cuentas:

—Doscientos ochenta, más trescientos cincuenta, son... este... seiscientos treinta, más cien: setecientos treinta. Sí, le daré una novela. Espere.

Se acerca a uno de los estantes y simula buscar con gran interés. Posesionado de su papel, va repitiendo los títulos en voz alta. Hasta que al fin saca una novela gruesa y manchada; la sacude un poco y se la pasa.

—Tome, ésta le va a gustar.

—¿Cómo se llama? —pregunta ella estirando el cuello hacia él, como si fuese sorda.

—Se llama "La Novia del Alma". Muy antigua; la buscan mucho. Este J. Aguilar Catena (le señala el nombre del autor), escribió muchas novelas, pero ésta es la que la gente busca más. El era español (no sabía si estaba muerto o no. Pero eso no importaba mucho; lo importante era meterle la novela a la vieja). Y sus novelas se venden hasta aquí en Chile. ¡Cómo sería de bueno! Tome, se la voy a dar en seiscientos pesos, no más.

—No quiero ésa —dice ella, un poco confundida.

—¿No?... ¿No querrá, por casualidad un tratado de sicología? ¿O busca alguna novela de Ivo Andric?

—No... esas tampoco, yo quisiera comprar alguna novela de "El Caballero Audaz".

—¿"El Caballero Audaz"? —grita casi, don Miguel— ¿"El Caballero Audaz"? —repite, como si ella le hubiese pedido un pedazo de luna, o un

puñado de viento— ¡Ni más ni menos que una novela de "El Caballero Audaz", vaya vaya, quién lo creyera!

Tras el eco de ese "quién lo creyera", llega la risa, una risa punzante, descarada, brutal, que golpea dolorosamente el corazón de la vieja.

—¿Por qué se ríe de mí, caballero?, ¿por qué se ríe de mí? —pregunta desoladamente.

El no la escucha, ríe ríe; su pequeño y redondo rostro toma un color púrpura encendido, la panza se le mueve grotescamente: apoya las manos sobre el mostrador, es como si le hubiese dado un ataque de epilepsia. Llama a su empleado, con una voz aguda, entrecortada por la risa:

—¡González, González...! ¡Ven a ver ésto, apúrate!

El llamado González aparece por una puertecilla casi disimulada por los estantes de libros: es alto, fuerte y rubio, casi albino; sus ojos azules son fríos, carentes de toda expresión. Trabaja con don Miguel hace mucho tiempo, sabe dos idiomas y es indiferente como un buey ante el dolor humano.

Todos son dioses cuando uno está en la miseria. La vieja junta las manos y les ruega no se rían de ella y le vendan la novela; abre el pañuelo y muestra los billetes.

—Es tan poco para ustedes, caballeros y es tanto para mí... —dice lastimeramente.

No le hacen caso. Se ríen de sus manos flacas de sus ojos tristes y de su cuerpo huesoso. El rubio le grita: "¡Mesalina mental!" "¡Carlina en desgracia!" y cien cosas más.

La vieja, dolorosamente humillada, envuelve los billetes, anuda el pañuelo y sale, seguida por una jauría de hirientes carcajadas.

Don Miguel la sigue. Sus pequeños ojillos de rata brillan extrañamente, como si hubiese llorado.

—Tengo una novela del "Caballero Audaz" —dice con rapidez—, se llama "Desamor"; pero cuesta mil cien pesos.

—¡Está nueva, es caballa de buena! —grita el rubio desde adentro.

—Consígase lo que le falta, yo se la voy a guardar —promete don Miguel; a las últimas palabras les da un tono casi patético .

—¿Y cuánto es lo que me falta, señor?

—Trescientos setenta pesos, no más.

—¡Trescientos setenta...! —dice ella, como si dijera un millón—, ¿y quién me los va a prestar?

—¡Qué se yo! Consígalos y la lleva.

—La señora Luisa me va a pagar mañana un

lavadito que me debe; me dijo que al marido le iban a pagar mañana y que de ahí me va a dar lo que me debe.

—Llévela mañana, entonces.

—Tiene que ser ahora...

Se ha acercado demasiado a él y su aliento molesta a don Miguel.

—Consígase la plata, aquí se la voy a tener —dice ásperamente y entra al negocio.

La vieja Rosario queda un momento indecisa, desconcertada, es como si no comprendiera. Hasta hace pocos instantes confiaba en que tendría el libro: la risa de los hombres pasaría al fin y la verían tal como era: una vieja trémula flaca y pobre, un débil ser humano, al que ellos, con sólo estirar las manos y coger un libro podrían dar un poco de felicidad. Pero no lo habían hecho, era tan fácil para ellos, tan fácil y no lo habían hecho. De su miseria saltó hacia los hombres un aletazo de alegría que les hizo estremecerse unos instantes y nada más. Ni un rastro de compasión, ni una brizna de piedad humana. ¿Cómo hay que hacer, para hacerles sentir a los hombres la miseria, si se ríen de ella cuando la ven?

Ahora que se han derrumbado sus esperanzas, un dolor helado le aprieta la garganta. Desesperada, rebusca en sus bolsillos, sus manos temblo-

rosas van y vienen, tantean, buscan, descosen, arrugan... Nada. Sólo lo que hay envuelto en el pañuelo; nada más en ningún lado.

El sol cae sobre ella, como una bestia pesada y ardiente: se pega a su piel, la abraza tan fuerte que la hace transpirar. Se mueve, camina. La bestia silenciosa se aferra con más fuerza a su flaco cuerpo, como si temiera caerse.

Ese día, su único hijo, Juan, cumplía veintidós años. En la mañana, cuando partía al trabajo, ellos le habían preguntado: "¿Qué podemos regalarte, Juan?" El estaba de pie junto a la puerta abierta; tras él se veía un retazo de cielo limpio, una corriente de aire enmarañaba su cabello castaño: "Regálenme una novela de "El Caballero Audaz" dijo y salió riendo alegremente.

"¿Una novela de "El Caballero Audaz?" —había dicho Diego—. "Debe ser alguna de esas novelas de espada".

"Sí, eso debe ser, Diego".

"Yo le tenía vista una camisa" —le había contado él después—. "Si me hubieran dado el suple, se la habría traído ayer; pero el arquitecto no llegó re'nunca con la plata".

"¿Una camisa de seda?"

"No sé, parece que sí, pero son de manga corta; valen dos mil pesos".

"¡Entonces no son de seda, pues Diego!"

"De todos modos le habría gustado... ¡Son re'lindas!"

"Sí, le habría gustado mucho, Diego..."

Después de un largo silencio él había preguntado:

"¿Me hiciste almuerzo?"

"Sí, ya te lo hecheé a la olla".

"¿Tenís plata?"

"Doscientos ochenta pesos".

"Toma estos cien, de algo te servirán. Pueda ser que ahora llegue ese infeliz a dar el suple... ¿Y qué le vamos a regalar a Juan?"

"Lo que pidió, pues Diego; pero, ¡quién sabe cuánto valdrá!"

"Bueno, ve si te puedes conseguir por ahí y cómpralo. Yo voy a ver si consigo para la camisa, aunque no tengo muchas esperanzas".

Tomando la olla con su almuerzo, había partido al trabajo, dejándola sola en la pieza.

Juan había vivido tan poco y tan mal que algo había que darle: trabajaba desde los doce años, no pololeaba, algunas veces iba al teatro o a jugar fútbol, pero por lo general pasaba su tiempo libre leyendo novelas viejas que compraba baratas por San Diego. Trabajar, dar su plata, dormir, leer

y fumar, era todo lo que hacía en este vasto mundo. Sería cruel ignorar su cumpleaños.

Pasó hasta las dos de la tarde con un poco de comida que le sobró de la de Diego, té y dos panes. A esa hora sintió llegar a doña Luisa y fue a cobrarle el lavado de la semana. Esta puso cara de apremio, le juntó trescientos cincuenta pesos y le dijo que el resto se lo daría cuando le pagaran a su marido. "¿No puede darme nada más, señora Luisa?" le había dicho, "Fíjese que Juan está de cumpleaños y nosotros quisiéramos regalarle alguna cosita" "No, no tengo ni un cinco más; no tengo ni para las onces, si no llega Lucio luego, no sé que voy a hacer"

Trescientos cincuenta, más los cien que le dejó Diego y los doscientos ochenta que ella tenía. "Pueda ser que me alcance" había rogado.

Pero no le alcanzó y ahora va de vuelta a la población, con un sol, hecho bestia, mordiendo sus carnes, un dolor punzante en las rodillas y una desolación tremenda apretándole la garganta.

Llegando al caserío va donde Pedro, el zapatero.

Lo encuentra despedazando una silla.

—Buenas tardes, don Pedro.

—Qui'ubo, ¿qué dice doña Rosario? —saluda él, levantando apenas la alargada cabeza.

La vieja titubea; mira a su alrrededor. Don Pedro ha regado la pieza y de la tierra mojada se desprende un hálito de frescura que alivia un poco el ardor de sus carnes.

—¿Viene a buscar algún par de zapatos? —pregunta Pedro, con voz esperanzada.

—No, el sábado voy a venir a buscar la compostura; ahora venía a pedirle un favor· si usted pudiera prestarme cuatrocientos pesos hasta el sábado. Juan está de cumpleaños y nosotros...

—¿Prestar plata yo?— interrumpe el zapatero, con fatiga y desaliento—. Mire —señala con una mano la miseria de su pieza—, mire como está esto —cansadamente baja la mano y prosigue con voz suave—: he hecho tiras casi todo lo que tenía, para poder hacer fuego, esta silla que estoy despedazando la tenía hace diez años. La quiero, es como si estuviese matando a un amigo. Créame, me duele algo en el pecho y siento rabia y pena, pero si no la hago leña, no puedo tomar café. La gente manda arreglar sus zapatos, pero no los viene a buscar; saben que tarde o temprano se los tendré que entregar así no más, por una muerta promesa de pago. Siento mucho no poder ayudarla, amiga Rosario, usted no va a creerlo, pero cada pena de la gente de esta población la siento como si fuera mía. Me duelen esos ojos, ya sin brillo de tanto mi-

rar el camino por donde ha de llegar su felicidad, me duelen esos brazos cansados de lavar tanta ropa ajena, me oprimen sus voces eternamente tristes, me llagan esos niños de caras pálidas, esos hombres encorvados, esas manos heridas y vacías. Y lo peor es la impotencia brutal de ver ahogarse a un ser y no poder hacer nada, sino decirle: "Ahógate luego, que tu agonía me está matando". Yo no sé qué es la vida, no lo sé; pero siento que es algo grande y maravilloso: nos destrozan, nos clavan y desgarran, todo a nuestro alrrededor se quiebra y se hunde, pero sin embargo, borrachos de miseria, desnudos y hambrientos, golpeados y sangrantes, nos aferramos a ella, con ansias de locura... ¿Quiere morir usted, doña Rosario, que pide limosna para hacerle un regalo a su hijo? ¿Quiero morir yo, que no tengo que comer ? No, nadie quiere morir, ¿comprende? Todos los seres humanos somos iguales en eso. ¡Todos! ¡Y sin embargo unos mueren de hambre y a otros les sobra el pan! ¿Comprende usted la verdad profunda y desgarrante? Todos somos exáctamente iguales: carne, sangre, músculos, nervios y huesos y todos queremos vivir. Debiéramos ser sólo una inmensa familia contenta, pero somos una banda de buitres hambrientos, planeando sobre las cabezas de nuestros hermanos. ¡Hermanos! —recalca, descargan-

do un furibundo machetazo sobre la silla, que gime y se abre dócilmente. El lastimero quejido del mueble llena de sombras el rostro del zapatero.

—¡Palabra que si yo hubiese tenido unos ojos tan patéticos como los suyos, hubiera salido a pedir limosna antes de hacer pedazo esta silla! —silabea con rabiosa amargura.

—¿Y qué cree usted que estoy haciendo yo? —contesta ella suavemente y sale arrastrando las piernas, que le parecen más pesadas que nunca.

Hechas escombros sus esperanzas por la hosca realidad, llega al cuarto, triste y encorvada, como una sombra que cae.

Ha pedido de casa en casa y le duelen las piernas y la cabeza. Se sienta maquinalmente sobre el lecho, saca el pañuelo y se pone a contemplar los arrugados billetes; los cuenta una y otra vez, alisándolos amorosamente, quizás, con la recóndita y peregrina esperanza de verlos multiplicarse, de descubrir de pronto que ha contado mal, que le alcanza, que todo está solucionado. Pero los milagros acontecen sólo en las novelas, La realidad es de acero, de cemento, de ladrillo. La realidad es dura, desnuda y fría como un cuchillo.

Regalar un libro a Juan, no era nada. Era ver su sonrisa de contento lo que valía cualquier sacrificio; un segundo de felicidad en nuestras vidas

tan oscuras y estropeadas es como una aurora, estallando de pronto en la noche oscura. ¡Cuánta felicidad no sentiría su hijo al tomar el libro en las manos, él, que siempre había acariciado sólo el espantoso vacío de la miseria y la desolación!

En medio de su ignorancia la vieja lo intuye y su desazón al no poder hacerlo la estremece.

—¡Dios mío... Cristo, ayúdame! —murmura fervorosamente.

Tiene los labios apretados, en sus ojos gime el dolor, como una fiera ciega. No sabe qué hacer: crispa las manos y las estira como quien va a ahogarse y no encuentra asidero alguno. Dentro de su pecho nacen y mueren las esperanzas en cruel sucesión. Todas ellas se estrellan, invariablemente contra el duro murallón de lo imposible. Era como estar subiendo por una empinada pendiente; cree llegar a la cumbre a cada instante y a cada instante cae. Parecía inútil, parecía imposible.

—¡Cristo, ayúdame, ayúdame! —repite.

Y entonces lo vé.

Es como si verdaderamente, Dios hubiese venido en su ayuda. Ha estado allí, sobre la cómoda, durante mucho tiempo, pero le parece que nunca ha estado ahí, que recién Dios lo ha puesto sobre el mueble y hecho brillar para que ella lo vea: es un retrato que se había tomado poco después del ca-

samiento. Pero no es la fotografía lo que la ha hecho sonreír de gozo, sino el marco: un hermoso marco de alpaca, macizo, labrado con todo el arte de un desconocido y gran orfebre. Cualquiera daría quinientos pesos por él, o quizás mucho más.

Con él entre las manos, se dirige hacia la mesa, para sacar la fotografía; a ellos les importará sólo el marco. Toma un cuchillo y la mira por última vez: una corta angustia, seguida de un extraño dolor, la golpea. ¡Cómo cambia la gente! ¿Era posible que esa hermosa muchacha contenta fuese ella? ¿Había sido suya esa piel tersa, ese pelo castaño? ¿Habían sido suyos esos serenos ojazos pardos, montados por largas y finas cejas? ¿Esos labios rojos? ¿Era posible que esa hermosa muchacha contenta fuese ella?

—¡Es posible, Dios mío!

Se palpa la cara arrugada y siente miedo, un miedo angustioso, helado, que no había sentido nunca.

El misterio tremendo de la vida y la muerte...

Ella y Diego: dos muchachos despreocupados, dos capullos que acaban de florecer; dos seres puros, sentados juntos a la laguna del parque, jurando amores, dos seres estremecidos de emoción ante el primer beso. Plaza de las Marías, viento suave, con aroma de eucaliptus, noches tibias,

ebrias de luna, ecos de risas claras llenando las calles: juventud.

Ella y Diego jugando a amores. Ella y Diego en la Iglesia, de pie uno al lado del otro, tomados de las manos...

Ella y Diego: dos seres perdidos en el oscuro bosque del tiempo; dos viejos cansados, dos viejos arrugados por el sufrimiento, hundidos en las sombras, dos viejos abismados, mirándose las manos llenas de esperanzas muertas en un rincón del olvido.

¡Qué extraño... qué extraño...! ¡Quién hubiera sabido, quién pudiera saberlo!

Un dolor sin nombre estruja su corazón.

—Diego... Diego... —llama, abatida y temerosa.

Necesita desesperadamente a alguien a su lado en ese momento, un brazo sobre sus hombros, un aliento cálido sobre su mejilla, una voz; necesita a alguien. Pero en el cuarto sólo hay dos camas, una mesa, una cómoda, un pedazo de sol, entrando por la puerta abierta y el imperceptible acezar del tiempo que pasa...

Noche.

Cerca de las ocho comienzan a llegar las sombras. Luego, silenciosamente, la noche se estira y

ensancha hasta cubrirlo todo. Entonces sólo hay luces de estrellas y de velas en el caserío.

Diego y Rosario conversan acostados. El dice, dolido:

—No me gustó que vendieras el marco, vieja, era casi lo único bueno que nos quedaba. ¡Y cómo te estafaron!

Ella no contesta y el silencio reina largo tiempo en la choza, sobre la cama de Juan, difusamente, se ve un paquete cuadrado. Lo mira dulcemente, ese humilde regalo les había costado... ¡Pero vamos! ¿A qué pensar en eso? El no sabría nunca lo que había tras ese regalo. Los jóvenes no deben sentirse tristes.

De fuera, llegan nítidos los mil ecos de costumbre: doña Inés corre a palos al perro de su pieza. "Rey" nunca entiende, o no quiere entender, que el único techo de los perros es el cielo; un borracho canta, alguien lo insulta. Rosa grita a su marido; algunos críos lloran violentamente; lo mismo de siempre.

Conversan en voz baja, luchando por mantenerse despiertos, ninguno de los dos quiere perderse la alegría de Juan.

Cuando al fin lo sienten venir, contienen el aliento; tapándose la cabeza con la sábana. Súbitamente parece caer sobre el cuarto y toda la po-

blación un silencio profundo, es como si todos hubiesen muerto repentinamente y sólo existiera Juan.

Rosario busca la mano de Diego y se la aprieta.

El ya ha prendido la vela y está sacándose el vestón; lo deja sobre la silla; se sube las mangas de la camisa... ahora destapa el plato que está sobre la mesa. ¿Comerá antes de ver el regalo? No, el siempre se sienta sobre la cama un rato antes de comer... ¡Claro! Ya viene hacia el lecho... ahora... ahora. Ya lo ha tomado... lo está desenvolviendo... ¡Ahora!

Bruscamente echan las tapas hacia atrás y se sientan en la cama, anhelantes y llenos de ternura.

Juan se vuelve hacia ellos sobresaltado; tiene el libro en una mano y el papel en la otra. El asombro más grande se refleja en su rostro: está emocionado y confuso; pero no alegre. No, no es alegría lo que hay en sus ojos.

—Oye, Juan —dice el viejo, como avergonzado—, nosotros queríamos regalarte una camisa, o algo así, pero tú sabes... no teníamos plata y como tú nos habías dicho que querías una novela de ese "Caballero Audaz"...

—¡Pero si yo lo dije en broma! —dice Juan tumultuosamente —. Lo dije como algo fuera de

lugar, ¿comprenden? Igual hubiera podido decir: regálenme un tanque o una casa —sonríe al agregar—: ¡Menos mal que no les dije eso!

—¿Entonces... no te gusta, Juan? —pregunta la vieja, con un hilo de voz y espera, atisbando ansiosamente los labios de su hijo.

—¡Claro que me gusta, vieja!, pero ustedes saben que me paso leyendo novelas de este autor; ésta la leí hace tiempo. ¿Cómo iba a imaginar que ustedes lo tomarían en serio? Es como darle azúcar a un diabético.

A la vieja se le abre una herida en el costado.

—¿La leíste?

—¿No me cree? Mire —le pasa la novela—, vea si no es cierto lo que le digo: ella se llama Adela y cuando empieza la novela está en...

—Créenos, Juan —le interrumpe el viejo tristemente—, nosotros lo sentimos mucho....mucho... —repite como un eco y se deja caer de espalda, cerrando los ojos con rapidez.

Juan no llega a darse cuenta cabal de lo que sucede; se siente como si fuese un bandido robando el pan a dos viejos solos, se siente vagamente amargado y culpable, pero no sabe de qué. Apaga la vela y abre la puerta hasta atrás. Luego se tiende en el lecho y busca los cigarrillos.

—¿No vas a comer, hijo?

La voz de la vieja parece un eco lejano.

—No, no tengo hambre.

Por el hueco de la puerta abierta, ha penetrado al cuarto un grueso rayo de luna. La vieja Rosario, sentada en el camastro, lo mira fijamente. la liviana respiración de Diego y los latidos de su cansado corazón la atan al mundo; de no ser por eso, el vacío a su alrrededor hubiese sido total. De pronto abre los labios y dice lentamente:

—La leyó...

Gira los ojos desolada; ve el brasero apagado, lleno de cenizas, la banca botada... el vestón de Juan sobre una silla.

—La leyó...

El retrato sin marco, clavado en la pared, la escoba apoyada contra la vieja cómoda. Silencio, silencio. ¡Dios, cuánta quietud!

El rayo de luna hace visible pequeñas grietas, minúsculos montoncitos de tierra; un palo de fósforo, un trozo de papel, una colilla de cigarrillo. El debió de pisarla. ¿Cuándo? ¿Hacia dónde iba cuando la pisó? ¿Al trabajo? ¿A jugar al fútbol? ¿O a comprar algún libro viejo?

—La leyó...

Frente a la luna y frente al Dios de los espantosamente vencidos, la vieja está pidiendo desesperadamente una explicación.

—La leyó...

Nada. Silencio.

Con las manos crispadas, repite:

—La leyó...

Saliendo de sus inmensos ojos pardos, las lágrimas corren por los surcos de su cara, dejando brillosas y tibias huellas.

Diego se ha puesto a roncar y fuera ladra un perro.

Nada más turba el silencio.

El Asesino

Susana y Luis, humildes y desesperados, esperan.

La Posta es estrecha y limpia, violentamente iluminada: afuera, la noche es negra y fría, otra vez llueve, desde adentro se escucha el desolado sollozar del viento arrastrándose por las calles mojadas: alguien pasa de cuando en cuando, rápido y encorvado bajo la lluvia, como fantasma que huye de sí mismo.

—Viejo... no puedo más— se queja ella.

Está por alumbrar y el dolor corre por sus entrañas, como un río de fuego y de agujas.

—¡No puedo más! —repite con desesperación.

Luis la recorre tristemente con la vista: ojos

hundidos; rostro manchado; pelo apegado al cráneo, húmedo y lacio; dentro: angustia, miedo y dolor. Susana: ésa era su Susana... Hacía poco tiempo, ella tenía el corazón de una rosa alegre en los labios, ahora había un montón de esperanzas vencidas en el fondo de sus ojos, y una rebelde súplica de piedad en el hueco de sus manos, agarrotadas sobre el redondo estómago. Siente que algo como la proximidad de un llanto, le aprieta la garganta. Pero no puede hacer nada, eso es lo más terrible: no puede hacer nada por su esposa. Enciende un cigarrillo y se queda mirando el vacío estúpidamente. En medio de su corazón sangra un esclavo milenario...

Susana otra vez, como gota de martirio:

—¡Ya no aguanto... por Dios... haz algo Luchito!

—¡Cállate! —ordena él exasperado—, yo tampoco puedo más.

—¡Pero, Lucho, por favor!

Luis va donde la encargada de la posta, o lo que sea esa mujer de blanco que escribe. Pone sus grandes manos tiritonas sobre el pulido escritorio.

—Señorita: Susana está sufriendo mucho, ¿no puede hacer algo usted?

Ella apenas alza la cabeza.

—No, ya se lo dije: no puedo.

—¡Pero mi mujer ya no puede resistir!

—Sí puede —responde ella con calma—, ya la ví. Queda mucho tiempo por delante. Siéntese y espere tranquilo, no se ponga nervioso. Cualquiera creería que es Ud. el que va a tener la guagua.

—¿Es el primero?

—No, tenemos dos ya.

—¿Entonces...?

—¡Pero es que sufre mucho: mírela!

Susana se retorcía en otro espasmo.

Luis se desespera:

—¿No hay nada que le pueda calmar los dolores? ¿No hay médico aquí?

—¡Uuuff —hace la mujer, cansada del diálogo—, ya le he explicado tanto: su señora no se va ha mejorar todavía: le falta, le falta. ¿Entendió? Y el doctor no la puede atender aún, porque está operando de urgencia a un enfermo de hernia.

A pesar del frío reinante, el cuerpo de Susana está cubierto de transpiración. Cierra los ojos cuando Luis llega a su lado y se aferra a él con fuerza ciega y terrible.

—¡Por favor... por Dios... Oooh!

—¡Cállate ya!

—¡Luis... Luchito... Luchito!

Luis gira los ojos desesperado, como pidiendo piedad. Pero allí sólo hay paredes desnudas y una

mujer de blanco escribiendo impasible. "¡Se va a morir si no la atienden luego!" Piensa. Y dirigiéndose a ella:

—¡Vamos, la vieja Agustina te atenderá!

—¡Espere hombre! ¿qué va a hacer? —le grita la encargada de la Posta.

—¡Me la llevo, c... —le dice un insulto tremendo. Luego, medio cargando a Susana sale.

La noche los recibe bramando sordamente. El viento hace daño, pero lo peor es la lluvia: no hay en las calles desnudas, dónde librarse de ella: los sigue paso a paso, sin dejarlos un segundo, cae sobre ellos con una persistencia malvada: les empapa el pelo, corre por sus rostros doloridos, llega al cuello, al pecho, al corazón y al alma. La noche los castiga con furia despiadada, es como si quisiera borrarlos de la tierra.

Susana, grotescamente ataviada con el vestón de él y su bufanda, parece la figura extraviada de un dibujante loco. Reza y gime sin cesar, mordiendo lágrimas y plegarias.

Por el camino, Luis le pega. No puede evitarlo, fuera de sí por sus quejidos, por la indiferencia de todos, por la lluvia y el viento, se para ante ella y la golpea en la boca con la mano cerrada. Siente un alivio desesperado, es como si hubiese golpeado al mundo. Susana, doblemente herida, se deja

caer blandamente sobre la tierra mojada. La lluvia cae libremente sobre ella, pero no le importa. Es como si algo hubiese explotado en su interior, como si alguna cosa hubiese saltado hecha pedazos. Todo en ella se dobla, se humilla tristemente; todo denota una absoluta falta de fuerzas. Es un cansancio espantoso de todo. Ha llegado más allá de todo límite, no le importa nada de nada. Sólo quiere hundirse en la tierra, caer a un pozo negro, a un abismo sin fin: desaparecer, desintegrarse, no vivir nunca más, nunca más...

Luis la coge en brazos y sigue caminando lentamente. El también hubiese querido tirarse sobre la tierra, pero no podía hacerlo, él nunca podía hacer nada de lo que deseaba hacer; siempre estaba encadenado por una u otra causa. Era casi extraño, casi abismante, casi aterrador.

Embarrado y sombrío, como la tierra que pisa, no se da cuenta siquiera, de que va llorando.

Cuando al fin consigue llegar a la población, y luego a la casucha, abre la puerta de una patada, deja a Susana sobre el camastro y enciende el chonchón. Carmen y Ana, despiertan sobresaltadas: Ana, que tiene cinco años, agita los flacos brazos y rompe a llorar. Luego grita:

—¡Mamita! —y se arroja sobre ella.

—¡Séquenla bien, babosas! —ordena Luis y

sale a buscar a la vieja Agustina, la partera de la población, que es borracha, buena y fea.

Las destartaladas casuchas, parecen fantasmas que en su marcha hacia la nada, se han detenido a descansar un poco. Ladra un perro; corre viento; hace frío; todo está oscuro: llueve. El barro ha convertido sus zapatos en dos cosas amorfas, pesadas y frías. Su cuerpo tirita, como atacado de epilepsia. Le duelen las rodillas y los brazos. Llega. Golpea.

—¡A molestar a otra parte, desgraciados, que esta no es noche para nacer! —chilla la vieja Agustina desde el fondo de su choza.

Luis no está para bromas y pega a la puerta con pies y manos.

—¡Qué te hecho abajo la casucha!

—¡Qué te parto el alma! —contesta la vieja desde adentro, y tira un zapatazo contra la puerta.

Luis insiste.

Ella se levanta maldiciendo crudamente.. Lo enfrenta con furia:

—¿Qué te has creído, infeliz? ¿Qué soy china tuya? ¡Más que pesco un palo y te re'parto el alma! Apostaría a que no tienes ni para pagarme: al fiado y apurando el perla, ¿qué les parece?

—¡Vamos apúrese que la Susana está mal!

—¿Cómo que está mal? ¿No es un crío?

—Sí, pero...

—¡Qué aguante!

—¡No puede más! ¡Yo tampoco!

—Paciencia, hijo, paciencia. Deja ponerme el chalcito, ¿No ves como llueve? Sécate un poco Luis, estás estilando... Noche de San Juan, mala noche para nacer, Luis: los malos salen a vagar... mala noche para nacer...

—¿Qué dice? —pregunta Luis inquieto.

—Nada, hijo, nada: vamos.

La lluvia no ha dejado de caer un minuto. Cae, cae, parece que el mismo cielo se está deshaciendo. "Ya no habrá cielo". Piensa la vieja. "Noche de San Juan, mala noche te tocó Susana, hasta el cielo muere".

Luis resbala en el barro y cae pesadamente. Se alza maldiciendo, con el rostro manchado y las manos heridas. El cielo está tan negro que es imposible verlo. ¿O ha desaparecido? En todas las callejuelas que se abren entre las trágicas viviendas, se han formado charcas, y el agua cae sobre ellas con un ruido monótono y lúgubre, cae sobre los débiles techos de las chozas y golpea angustiosamente en el corazón de los que no duermen.

—¡Qué te caigas muerto, si me has hecho le-

vantar en balde, infame! —sentencia la vieja, cuando llegan.

Y luego, cuando ve a la parturienta:

—¡Dios mío! ¿qué le ha pasado?

No tiene tiempo de enterarse

—¡Ya nace, ya nace! —grita y aparta a manotazos a las dos niñas que se aferran a la cara de su convulsa madre. Ana trastabilla y va a caer junto a la cómoda. Carmen la abraza llorando: el desconcierto las aplasta, como una masa oscura y pesada.

—¡Sujétale las manos...! ¡No, mejor caliente agua!... ¿Pero, qué pasa? ¡Luis, Luis, ella no va a resistir!

Espantosamente impotente. Luis asiste a la muerte de Susana y a la vida del deforme ser.

Queda un momento inmóvil. Terriblemente inmóvil. Le parece que de pronto ha quedado vacío: es una sensación nueva, extraña y cruel. Así debe ser la muerte... luego, en cosa de segundos todo cambia: un odio irracional estalla dentro de él, le inunda el cuerpo, lo mismo que lava ardiente. Es todo odio y furia. Se mira las manos, las crispa. Suda... quiere matar.

Ante la horrorizada mirada de la vieja, coge al pequeño ser. "¡No, no!" Grita una inmensa voz sin ruido. "¡Lo mato, lo mato!" De su frente brota

un sudor tibio, copioso. Le baña las cejas, le tapa los ojos, lo ve todo turbio, borroso, como si estuviese borracho. Susana y otra gran voz, antigua como él mismo, piden piedad para el inocente desde lo más profundo de su conciencia. "¡No, no!" Vacila: lo vencen. Pero antes de soltarlo, le arroja en la cara, todo su odio, rencor y amargura en una sola palabra:

—¡Asesino!

Afuera, por entre las casuchas desoladas, el viento aulla ferozmente y el agua cae sin cesar. Como sumida en un pozo de miedo: con las manos ensangrentadas aún, la vieja Agustina, piensa tristemente en que afuera ya no existe cielo.

Crepúsculo

Hace muy poco que han tomado las onces, pero doña Rosa ya está pelando papas para la comida. Lo hace cuidadosamente. Después que las monda las da vueltas entre sus toscas manos, buscándoles los ojos; mete el cuchillo de punta y los arranca con gran precisión. Luego, las examina por última vez y las deja caer, suavemente, para que no salpique el agua, en una panzuda olla azul puesta a su lado.

Es muy prolija en todo, tras suyo se ven colgados varios paños para platos, dos cacerolas y una sartén, limpias, brillosas.

—Mamá... —llama una voz tímida.

Doña Rosa levanta la cabeza, sobresaltada.

Sus serenos ojos azules se iluminan cuando ve a Leticia junto a ella. ¡Qué bella iba al encuentro de su primera ilusión!

Leticia, su única hija, es morena y alegre, tiene el cabello dorado y los ojos más grandes y bellos que dos poesías. Se ha puesto el vestido nuevo y soltado sobre la espalda la brillosa mata de pelo.

—¡Qué bella estás, Lía, qué bella...! —dice suavemente.

—Mamá —dice Leticia turbada—, ya me voy.

—¿Tan luego? ¿No es a las seis?

—No estoy tranquila. Si supieras... pero, ¡estás llorando!

—No... no es nada... ¡Si te pudiera ver tu padre así!

Leticia mira el retazo de cielo que se divisa por la pequeña ventana.

—Quizás me está viendo —dice quedamente. Se acerca a ella, quiere abrazarla.

—No, no —protesta su madre—, te puedo manchar el vestido.

—No importa, mamá, abrázame; no quiero que llores.

—No te asustes, Lía. ¡Si supieras qué lindo es llorar de felicidad!

Tiembla un poco; sus pobres manos oscuras

parecen querer hundirse en las tersas y frescas mejillas de su hija.

—¡Qué bonita eres, Lía! ¡Cómo no ibas a conquistar a ese muchacho!

—¡Pero si no lo he conquistado, mamá!

—Vas a salir con él.

—Por primera vez... estoy tan nerviosa. ¿Qué le diré?

—Oh, nada. Te lo he dicho toda la semana; cuando él te tome del brazo te olvidarás de todo, ya verás.

—¿Y... si...?

—¿Si quiere besarte? ¡Claro que lo hará! Pero no te preocupes, no sentirás ninguna vergüeza; ninguno hablará, sucederá de improviso. Suave como un rezo al atardecer, bello como un canto de esperanza. El primer beso, hija, no se pide ni se roba, surge de pronto, así, solo, lo mismo que un milagro. Un milagro que no se te olvidará nunca.

—¿Tú y mi papá...?

—¡Desde luego que pasamos por eso! Recuerdo que me temblaron un poco las rodillas, me sentí penetrada y arrebatada por una extraordinaria luminosidad; era algo tan dulce y tierno, que no recuerdo haber experimentado nunca nada igual. Estaba realmente deslumbrada. Cuando llegué a

casa me sentía tan contenta que todo me parecía distinto.

—¿Es cierto eso, mamá?

—Tan cierto como que te estás atrasando.

—¡Oh, verdad!

Se alisa el vestido y se arregla el pelo. Todo desde luego, sin necesidad.

—Bueno...

—Anda sin temor, Lía.

Leticia la abraza, besándola agitadamente.

—Está bien, hija, está bien.

La ve alejarse casi con ansiedad. ¡Si él hubiese podido verla!

Sus grandes ojos azules, humedecidos, brillan como estrellas. Una papa se desliza suave de su mano, un poco temblorosa y cae a la olla con un ruido cristalino.

Afuera, la tarde va muriendo y el cielo se cubre de un pálido color rosa.

. . . . . .

Leticia levanta el brazo y mira su relojito. Casi las seis.

—Mi buen Dios, ya se acerca la hora —murmura inquieta.

Gira los ojos en rededor. ¡Cuánta tranquilidad

reina en la pequeña plaza! El sol, color bronce viejo, ha ascendido por los añosos troncos de los árboles y se pierde entre las ramas más altas.

Un hombre de cotona blanca vende barquillos. un muchachito rubio cruza corriendo el sendero de piedrecillas, alcanza a la que parece ser su madre y ríe. Su alegre risa queda vibrando en el aire, como un coro de campanas.

Una bandada de palomas ha descendido desde la torre de la iglesia cercana, posándose a los pies de una anciana vestida de café, que les arroja migas de pan. Cuando cogen algunas alzan su cortos cuellos al tragar, como dando las gracias al cielo limpio . Es un bello espectáculo. La mujer de café es delgada, tiene el pelo blanco y la mirada triste. Sonríe con humildad a sus vecinos, como disculpándose, mientras arroja al suelo puñados de migas, que va sacando de una pequeña bolsa de lana azul. Algunos, Leticia entre ellos, contestan sus sonrisas; otras la miran fríamente. ,'Chiflada" dicen sus ojos apáticos. Ellos no hacen nada, estan sentados en sus escaños con las piernas estiradas, sin moverse, conversar ni mirar nada en particular, como autómatas, esperando que termine el día y llegue la noche, o llegue algo, el buen Dios sepa qué.

Antes que llegara la anciana a dar de co-

mer a las palomas, sólo el suave rumor de una brisa, jugueteando con las ramas, allá arriba, donde el último rayo de sol baña las hojas de oro, interrumpía la paz del atardecer en la plaza, ahora se ha sumado a ella el gracioso y sonoro picotear de las palomas buscando migas.

Leticia se remueve nerviosamente sobre el escaño, una de sus manos estruja la suave tela de su vestido; entonces surge ante ella, vigorosa, la imagen de su madre. Ella quiere conocer a Oscar. En unos pocos días más será la Pascua. Ha dicho que lo convide, hará muchos de esos panecillos de huevo que tan bien le quedan y chocolate con leche; será una hermosa navidad: los tres a la mesa y fuera la gente riendo y haciendo estallar petardos, como pedazos de alegría... pero, ¿querrá ir él? ¿Cómo se les dice a los novios que vayan a la casa? ¿Y no encontrará demasiado pobre la pieza? Oh, no, no, su madre ha dicho que eso no importa al que ama. ¡Claro que irá! Y después de la cena, los dos tomados del brazo pasearán un poco por las calles empapadas de alegría, sintiendo que la vida es un brilloso potro desbocado.

La apacible anciana que da de comer a las palomas, ya ha vaciado todas las migas y sacude la bolsita para que no se pierda nada. Luego, después de haberla plegado, la envuelve cuidadosa-

mente en un trozo de papel blanco. Cruza las manos sobre el regazo y se queda inmóvil, contemplando las pequeñas avecillas, con una bella sonrisa de bienestar.

Son las seis cinco.

De cuando en cuando pasa un micro por la calle Ponce, alguien vocea los diarios de la tarde; la gente va y viene por la calle.

Una duda negra ha atenazado a Leticia. Sus manos sacuden imaginarias pelusas de su vestido; no sabe que hacer. Es como si tuviese el pecho lleno de palomas y de fieras, es como si estuviera aún todo por llegar y como si hubiese pasado todo. A cada momento cree ver venir a Oscar y su corazón late aceleradamente, pero cuando comprueba que se ha equivocado, la ansiedad le hace doler la garganta, como la proximidad de un llanto. El tiempo desfila imperturbable ante ella y se pierde en la nada. Crepúsculo en la plaza y en su corazón.

Reza. Vagamente entrevé la desgracia.

Sus ojos se van cubriendo de angustia.

Las seis diez.

La viejecita que daba de comer a las palomas, se ha levantado del banco y se aleja con pasitos menudos. Ya no queda ninguna avecilla picoteando el suelo.

Cuando venía hacia la plaza, un viento fresco

que revolvió sus cabellos, la hizo estremecer, como si fuese un aliento de ángeles, la llenó de alegrías, de ganas de vivir, de reír, saltar, correr, correr.

Ahora la zarandea una pena llorosa. "Me tomó las manos y me dijo que vendría a las seis . ."

Si el no viene no podrá convidarlo para la pascua... y su pobre madre que va a hacer panecillos de huevo y chocolate... ¡pasarán una navidad tan sola y triste que serán dos sombras y el recuerdo de Oscar será otra sombra empapando de melancolía la mesa llena de panecillos y la risa de la gente dichosa golpeando sobre sus corazones vacíos! ¡Qué triste será todo si Oscar no viene!

Mira el relojito y asiste estremecida al derrumbe de sus sueños.

Se levanta. Da unos pasos. "¿Qué pudo pasarle? ¿Qué le pasó a Oscar, Dios mío?"

Son las seis y media.

En la plaza sólo hay hombres silenciosos, leyendo, fumando o mirando al vacío. Todo está muy sereno, dulcemente callado. Es una hermosa quietud. Parece imposible que alguien sufra.

Se aprieta las manos. Se sienta, inclina la cabeza. Es sólo una niña... va a llorar.

¡Qué hermoso sería verlo aparecer por ese sendero de piedrecilla!

Quizás hubiese venido de azul, con camisa blanca; o de plomo. El plomo sentaría bien a su rostro moreno y a sus ojs verdes.

¡Qué hermoso hubiera sido verlo llegar por el sendero de piedrecillas, vestido de plomo, con una sonrisa en los labios y teniendo como fondo ese cielo color rosa encendido en el poniente!

Difusa

Esperanza

Totalmente ebrio, Horacio busca sin resultado algo de comer. Es más de la una de la madrugada, pero eso no le importa. Piensa que una buena esposa debe esperar siempre al marido con comida. Uno se casa porque necesita amor y comprensión y estímulo, uno no puede ir por esta extraña cosa que se llama vida, vacío y solo como caña seca. No, uno necesita tener un lugar donde llegar y sentirse cómodo. ¿Y qué re'maldito hogar es éste, donde la esposa duerme a pierna suelta sin importarle que su marido llegue cansado y hambriento? Uno soporta injusticias y pasa malos ratos en el trabajo, en la calle y en todas partes, pero que lo traten como a un perro en su propia casa, es dema-

siado. Eso es convertir la vida de uno en un espantoso infierno, en una pesadilla, es algo turbio y torcido que no se puede perdonar, porque tras ese estúpido perdón uno se convertiría en bestia. ¡Durmiendo la perla mientras el marido se descresta trabajando!: ¡Desgraciada!

Furioso patea el brasero y llena la pieza de insultos. Luego coge la tranca y las emprende a golpes con los cuatro seres que duermen. Isabel y dos de sus hijos salen huyendo, medio desnudos y llenos de terror.

Resoplando de ira Horacio los sigue hasta la puerta. Lo estremece el deseo de golpear a alguien: hundir la tranca en un cuerpo, alzarla otra vez; pegar, pegar de un modo ciego y sordo, destrozar, aplastar contra el suelo...

Cuando se da cuenta que no los alcanzará, quiere golpearse la cabeza contra la muralla, un odio irracional lo empapa, le hace doler las carnes.

La noche es calurosa y las calles están desiertas y pintadas de luna y de sombras.

—¡A la pieza tienen que llegar, desgraciados! —les grita furibundo y vuelve sobre sus pasos maldiciendo crudamente.

Entonces es cuando tropieza con Martín, que se ha retrasado en la huída por buscar su camioncito de madera. En el encontrón el juguete salta

lejos y Martín quiere recuperarlo; pero su padre le da un golpe en la espina dorsal y el pequeño, de diez años, se aplasta contra el suelo, quejándose lastimeramente. Al acercársele Horacio otra vez, con la tranca en alto, el niño grita tratando de arrastrarse y huir, pero no puede moverse; lo mira con los ojos desorbitados de terror; un sudor frío brota copioso de su frente, sus labios tiemblan tanto que es imposible entender lo que dicen, es un balbuceo trémulo, como de paralítico. "¡No, no!" gritan sus ojos desgarradoramente.

A Horacio le sucede entonces algo extraño. De pronto se encuentra sobrio y angustiado; se inclina sobre el pequeño, lo toca. Desesperado mira a su alrrededor: ve el camioncito volcado y más allá la tranca. Lo llama. La única respuesta es un quejido largo y quebrado.

Cuando Isabel se atreve a volver, encuentra a su marido de rodillas en la pieza mirándose las manos estúpidamente. A su lado está Martín tendido de espalda, de su garganta salen débiles gemidos que despedazan el silencio.

El siguiente es un día amargo y triste. Sólo tienen el agrio consuelo de hacerse reproches.

—¡Si no tomaras tanto...!

—¡Si no tomara tanto reventaría de odio y amargura!

—¿Pero es que no tienes corazón, Horacio? ¿No ves que estamos muriendo poco a poco?

—¿Corazón? Los pobres no deberíamos tener corazón, Isabel, pero lo tengo, Tengo un corazón atravesado por tus lamentos y tus hambres, por....

—¡Por el vino y las p...!

—No, Isabel, no. Me deslomo trabajando, pero no llegamos nunca a ningún lado: esa es la gran tragedia. Cuando vuelvo de la fábrica, me duelen los ojos y la espalda. Llego cansado hasta la estupidez y al despertar al otro día, con el cuerpo dolorido, abro los ojos y sólo veo miserias: miseria en el cuarto, en el conventillo, en la calle y en todas partes, muda e interminable y lo primero que acude a mi imaginación, son las murallas de la fábrica, el polvo de los tarros y el olor de los ácidos que me están deshaciendo los pulmones. Y entonces siento unos deseos locos de huir, de arrastrarme lejos, de olvidarme de todo para siempre, de gritar y morir. Pero en vez de eso, tengo que ir a coger nuevamente los chuicos con ácidos y sentir de nuevo la garganta apretada y el dolor en la espalda. ¿Se puede llamar vida a eso? A veces me parece todo tan hosco y estúpido que dejo de andar y bebo y grito: ¡No me importa nada, muéranse todos, yo no puedo más...! Y ya ves, me ponen una tranca en las manos y me hacen herir a mi hijo, para re-

cordarme que de esclavo y nada más que de esclavo, es nuestra humana condición... Yo no soy malo, no soy una bestia; nunca lo he sido. Siempre he luchado honesta y lealmente por el pan. No sé que me pasó anoche; no lo comprendo. Palabra que no lo comprendo. ¿Por qué en la vida de los miserables tienen que pasar siempre puras cosas malas? Enfermedades, accidentes, embargos, cárcel, persecuciones, atracos, es nuestro pan de todos los días. Jamás nos sucede algo bueno. Nuestra vida es una eterna frustración, un contínuo caer. Resulta hasta cierto punto escalofriante pensar en eso. Es un martirio terrible éste de tener que vivir, odiando a la vida con toda la fuerza de nuestra sangre..... Isabel, no cuentes a nadie que he llorado, mañana volveré al trabajo...

Los días se suceden grises e iguales, como negras humaredas. Nada nuevo acontece; excepto que las cruces se hacen más pesadas.

Isabel llora. Un ser al que quiere inmensamente, está apretado contra ella, en uno de los momentos más trágicos de su vida.

Daniel, de tres años, acurrucado en un rincón, muerde un trozo de pan. Elena lo mira codiciosamente, parece dispuesta a lanzarse contra él.

Las tres sillas alineadas, los camastros hundidos en el medio, el velador manchado de esperma, un

cuadro que representa no se sabe qué, descolorido y sucio, colgado de la pared y sobre la mesa coja, dentro de un vaso, un puñado de flores sin nombre; el brasero apagado, las ollas vacías, un chongo de escoba... ¡Qué triste es todo! Ni un rayo de esperanza, ni una sola voz de aliento. Eso es lo peor para la flaca Isabel. Desde que alguien, en un retazo de tiempo, la echó sobre el mundo y le dio voz, brazos y piernas y la metió en medio de una ciudad gigantesca, enloquecida de movimiento y crepitante de anhelos, desde entonces, desde que tenía que alzar la cabeza para ver las rodillas de la gente, había estado esperando oír una palabra de amor, un ramalazo de alegría que prestigiara su vida oscura. Pero nunca había encontrado nada de eso. Nunca.

La cara de Martín, está blanca y huesosa, sus manos sudan; se queja otra vez. Lo aprieta contra su cuerpo. En la cabecera del camastro hay un gran Cristo de hierro. Lo mira largamente, pero no abre los labios. Ya no le quedan plegarias.

Horas después va donde su vecino Víctor y le cuenta su desgracia con palabras confusas y desesperadas.

—Sí —dice Víctor—, he oído quejarse al pequeño Martín; es raro que no hayan hecho nada.

—No tengo qué darle don Víctor.

—Yo tampoco tengo nada. Váyase. ¿Por qué vino?

—Pensé que quizás, usted pudiera.....

—Pensó mal; váyase.

—El doctor de la posta dijo que quedaría tullido si no hacíamos algo luego. Martín sufre mucho. ¿No lo oye quejarse?

—¿Y a mí qué me importa? ¿De dónde sacó usted que yo podría tener plata? ¿Cree que soy rico? ¿No ve como vivo?

Isabel está a punto de romper a llorar.

—Estoy sola —dice con desolada tristeza—. A Horacio se lo llevaron preso...

—¿Cómo? ¿También eso?

Estrujándose las manos, con la vista clavada en el suelo, Isabel cuenta humildemente:

—Cuando llevé a Martín a la Asistencia, el doctor me preguntó que qué le había pasado. Le dije que se había caído. Me contestó que eso era muy raro. Le puso unas inyecciones para calmarle los dolores y después de examinarlo bien, me dijo que yo era una vieja mentirosa y cochina; se fue poniendo colorado y empezó a insultarme. Después llamó al carabinero de turno y le dijo que me arrestara, que yo era una criminal, que había querido matar a mi hijo a palos. Yo me puse a llorar, me dio miedo, don Víctor y les conté la verdad.

Entonces vinieron a buscar a Horacio y se lo llevaron. Me dejaron sola, don Víctor...

—Lo siento vecina, pero no puedo hacer nada, Quizás en otra parte...

—Usted es solo, don Víctor, no gasta en teatros, en paseos, ni bebe; tiene que tener, no sea malo, don Víctor, préstemelo...

—¡Váyase! —le grita Víctor en la cara y cierra la puerta con violencia.

La escucha sollozar angustiadamente y luego el liviano rumor de sus pasos al alejarse.

Se tiende en la cama otra vez. "¿Por qué tenía que venir a pedirme a mí? ¿Por qué demonios tuvo que venir a mí?"

—Sí —dice en voz alta—, he oído quejarse a tu hijo, Isabel. También he visto su rostro desfigurado por el dolor. Lo he visto por esa rendija de la pared que da a tu pieza; lo tienen tirado en uno de esos espantosos camastros que tienen ustedes. He asistido a su llanto inacabable y siento que se me abre la piel de angustia, pero no puedo hacer nada. ¡Nada!

"Yo nací hace veinticuatro años en una casa sin nombre. Mi madre era enferma. La oía toser y toser toda la noche, porque éramos tan pobres que no teníamos para comprarle remedios. Y cada la-

mento suyo era un fino puñal traspasándome la garganta. Su eterno frío, se me metía en las venas amargo como el ajenjo. Era mi madre y se estaba muriendo frente a mis ojos, pero yo no podía hacer nada, sino maldecir y llorar. Cuando ella murió, yo también morí un poco. Entonces tenía catorce años y era flaco y sombrío lo mismo que la sombra de una cruz. Catorce años y un miedo feroz pegado al alma, era todo lo que tenía al deshacerse nuestro hogar. Jamás he podido librarme de ese miedo: es como si la vida fuese una nube negra que amenaza con ahogarme, me oprime, me espanta y desconcierta. Tengo un verdadero terror a morir en la pobreza. La vida pasa tan rápidamente...

"He trabajado en muchas partes, me he privado de lo más elemental por juntar plata. La tengo aquí, bajo mi cama, en un cajón. No tengo idea de cuanta será. Sólo sé que es el muro que contiene a esa sombra helada que me amenaza. Le he dicho a Elcira que cuando junte un poco más podremos casarnos sin ningún temor. Es todo lo que tengo, "es todo". ¿Comprendes, Isabel? No puedo ayudarte. Lo siento, la vida es sólo una bestial lucha por la felicidad.

Permanece largo rato tendido, fumando pensativamente. Desea levantarse y salir, pero no pue-

de hacerlo. Algo superior a sus fuerzas lo mantiene clavado allí. Es un extraño sentimiento de desolación.

De vez en cuando le llega la débil queja del enfermito y la voz quejumbrosa de Isabel, que le dice que luego le dará el remedio: ¡Agua de arroz!

Se tapa la cara con la almohada. Entonces el recuerdo de su madre enferma lo golpea como un balazo: "¡Lo mismo, lo mismo!" Un ser humano que muere y alrrededor de él, otros seres tratando de ignorar ésto, para así, no sentirse culpables. Y era tan fácil salvarlo, tan fácil. con sólo estirar las manos y coger el dinero, podría ... "¡No, no! '

—Elcira sufre mucho —dice desesperadamente—. Su padre es borracho y brutal. Le pega mucho y ella, la pobrecita tiene que pasar escondida en la casa de unos tíos. La tía es buena, pero él es un chivo libidinoso, que la acorrala donde puede, la manosea y trata de pasar más adelante. He querido ir a aporrearlo varias veces, pero ella dice que si hago eso, no tendrá donde comer. Es buena, es joven. ¡Y vive llena de miedo y de hambre! Tiene los zapatos eternamente rotos y un vestido todo parchado. A ella y a mí, sólo la esperanza de poder casarnos nos mantiene vivos. La quiero... Elcira, santuario de mi miedo, desolada criatura, pronto dejaremos de agonizar. Viviremos: te lo prometo.

¡Pero vamos! ¿Vale más una loca esperanza de llegar a la felicidad, que la vida de un niño? ¿Qué hay de justo, en eso de dejar morir a un semejante pudiendo salvarlo?

—¡Vieja maldita! —grita Víctor por entre los dientes apretados—. ¿Por qué tenías que venir a pedirme a mí? ¿Por qué? ¡Quiero casarme y vivir, tu maldito hijo no me importa un comino, arréglenselas como puedan! ¿Me oyen? ¡Arréglenselas como puedan!

Conoce a Martín, lo ha visto muchas veces jugando en el patio común de la casa: es rubio, melenudo, un poco extraño. Pasa siempre jugando con un camioncito de madera. Y ahora está paralizado en ese tosco catre plomizo. Condenado a muerte, irremediablemente... Lo mismo que su madre.

—¡Oh, Dios, Dios! ¿Por qué tenías que darme esta tremenda sensibilidad, si sabías que tendría que vivir en medio de la desgracia? ¿Por qué me diste sueños y debilidad a la vez? Fui sombra de niño, sombra de adolescente, no quiero ser sombra de hombre. He sufrido mucho; no puedo sentir remordimientos..... ¿Pero, de qué había de sentirlos? No he hecho nada malo. Yo no tengo la culpa de qué...

La noche se ha metido al cuarto y los muebles

y objetos que hay en él, desdibujados por las sombras, parecen mudos fantasmas petrificados.

Presa de un hondo abatimiento, Víctor piensa amargamente que Dios no está con los infelices, que la desgracia es la vida, que el dolor es la vida, que el pobre está brutalmente solo, que si algo lo hiere, se desangra irremisiblemente. Siente una infinita piedad por Isabel (ella salió hace poco rato de su pieza: gritaba que los médicos se habían declarado en huelga y que el personal de emergencia no había querido recibir a Martín, porque no lo consideraron un caso de urgencia. "¡Y él se está muriendo, se está muriendo!" decía en medio de desgarradores sollozos. Sus tres hijos, apegados a su falda, temblaban y lloraban asustados y confusos. Y las puertas se abrieron y la gente la miraba llena de compasión y buenos deseos, pero nada más). Ahora sí que ha quedado totalmente sola. El conoce ese desamparo, esa inhumana desolación que convierte las horas en gotas de veneno, ese despiadado dolor en que cada minuto es como un puñal que se va hundiendo lentamente en las carnes. Y en una mujer debe ser cien veces peor. Pero...

. . . . . .

Es una tarde calurosa. Víctor en mangas de

camisa, fuma melancólicamente. El cuarto es el mismo de siempre: estrecho y agrietado, con olor a comida y tabaco.

De pronto entreabre los labios y dice:

—He regalado mi plata y ahora me doy perfectamente cuenta de ésta verdad: Nunca podremos, Elcira y yo, casarnos y vivir.

Del dinero que juntó durante nueve años, no le queda nada más que lo justo para comprar un poco de queso, para la semana, azúcar y cigarrillos. Con esto se relaciona directamente una serie de amargos pensamientos:

Elcira, despojada de toda esperanza, ha quedado desnuda y sola en el bosque de los hombres iracundos.

Cuánta desolación había en su voz cuando dijo "¿Entonces, ya no podremos casarnos, Víctor"? "No" había dicho él. "No nos casaremos. Para nosotros, los humildes, los desheredados de la fortuna, la felicidad es sólo un raro sueño que tenemos que esconder en algún lugar remoto de nosotros mismos. El día que vivimos es trágico: todo se despedaza, nada resiste. Es un tiempo oscuro y brutal, la gente traiciona, protesta, llora, roba, mata, se rebela y cae. La espantosa miseria en que estamos sumidos, es un muro de tinieblas que no nos deja ver ninguna luz; aplasta todo anhelo, ha-

ce inútil toda esperanza. Los Jefes de las despedazadas tribus, es cierto, quieren hacer algo: se llaman y reunen. Pero si se juntan cien, dan cien opiniones distintas. Dan cien, mil, diez mil ideas al día. Y mientras ellos discuten, incansablemente, a través de los días, los meses y los años, la ignorancia y la miseria no dejan de parir ladrones, locos, asesinos y prostitutas. Que yo haya dado tu destino y el mío, es sin embargo una difusa esperanza: el hombre no es malo, sólo pasa que se ha dividido extrañamente. Mas, el dolor el miedo o su innata bondad; o tal vez las tres cosas juntas, los está acercando. Quizás, comienza a comprender al fin, Elcira, que en definitiva, la única e inmensa tragedia que azota al ser humano, es su ineludible necesidad de amistad, de ternura y de comprensión humana".

Sí, él había dicho muchas cosas, pero Elcira no había comprendido. Ella sólo se daba cuenta que había muerto el futuro, que sólo existía el pasado. Un pasado hecho de sueños irrealizados, de esperanzas truncas y de delirios olvidados.

El porvenir era amargo. Sus días serían en adelante sólo una monótona procesión de sombras largas. Ellos serían como hechos con retazos de cosas muertas.

Era lo único que comprendía.

Los Vencidos no creen en Dios

CIRO llega al cuarto arrastrando los pies. Los huesos le pesan, como si fuesen de plomo; tiene un temblor de odio en la garganta y una espantosa sed de felicidad petrificada en los ojos.

Deja el canasto sobre la banca y se sienta en la cama.

Vicente se acerca a él, inquieto.

—¿Le fue mal, abuelo?

El viejo lo mira tristemente.

—No vendí ni uno solo... —dice, como abismado.

—¿Ni uno solo?

—Ni uno solo.

Fuera muere la tarde y una leve llovizna comienza a mojar la tierra.

El rumor de sus voces ha despertado a "Gitano". Sus puntiagudos ojos se llenan de una confusa mezcla de alegría y martirio. Sacude la cabezota; para las orejas; intenta erguirse: gime.

El viejo va a él y lo acaricia. El perro le lame la mano silenciosamente.

—¿Se ha quejado mucho? —pregunta con temor y desaliento.

—Sí —dice el muchacho, desesperanzado—, no ha parado de gemir en todo el día.

—¿Le lavaste la herida?

—No abuelo, no hallé con qué hacer fuego. Don Pepe no quiso fiarme leña: dijo que usted no iba a tener nunca para pagarle todo lo que le debía... no me fió ni pan, abuelo.

Apartándose de "Gitano", Ciro dice rápidamente, como si las palabras llenaran demasiado su boca y temiera ahogarse:

—¿Sabes, Vicho? Te tengo una buena noticia: hoy en la mañana pasé a matricularte: ¡Irás a la escuela!

Los ojos del pequeño se llenan de temor ante esas palabras.

—¿Me va a llevar lejos? ¿Me quiere abandonar, abuelo?

—¡No, hombre, cómo puedes pensar eso! Te llevaré a un lugar donde aprenderás muchas co-

sas que ni siquiera has soñado que puedan existir. Primero, hadas, gnomos, gigantes y animales fabulosos, países exóticos donde el sol no se esconde jamás: la fantasía, un mundo nuevo para tí, Vicente: reinos encantados, brujas, ogros, príncipes y reinas. Los libros te llevarán por caminos que no has andado nunca. Luego, con el correr del tiempo, otro velo más espeso se descorrerá ante tus ojos y será tuya gran parte de la ciencia misteriosa y profunda que envuelve al mundo. Sólo un perfecto conocimiento de todo lo que te rodea te hará comprender el verdadero significado de tu presencia sobre la tierra. Debes ir a la escuela, Vicente, es imprescindible que estudies.

—¡Pero yo no quiero dejarlo, abuelo! —protesta el niño abrazándose a él—. ¡Yo quiero estar con usted!

—No me dejarás. "Gitano" y yo te iremos a dejar todas las mañanas y te estaremos esperando cuando salgas.

—¡Pero "Gitano" no puede andar!

—Se sanará, Vicente. Ellos son así: sanan siempre; se curan solos. Todo se va a arreglar. Ya lo verás. Es imposible que nos vaya a ir mal hasta la muerte; sería un destino horrible... ¡Si alguien me comprara un par de figuras todos los días! Pero no me las compran ni al fiado. Hace casi una se-

mana que arrastro mi carga de cristos y de angustia por medio Santiago sin vender ni uno solo. "Estan muy mal hechos" dicen y preguntan desdeñosos: "¿Los hace usted?" "Sí" les contesto humilde, mordiéndome la rabia. "Yo tallo estos Cristos así, tiernos y sombríos, melancólicos y torturados; yo los hago así, con crepúsculos en los ojos y un manchón de sangre vieja en el costado". Mueven la cabeza y me los devuelven, sin decir palabra. ¡Patanes ignorantes, quieren Cristos hermosos! ¿Puede quedar hermoso alguien a quien se ha torturado inhumanamente? ¿Qué pretenden con eso si no ocultar sus horribles desnudeces? Me causa un gran dolor esa absurda pretención, pues tras ella, veo en toda su espantosa profundidad la hipocresía humana. Yo no puedo cubrir de celeste sus carnes abiertas. No puedo tallar Cristos hermosos, como si fueran adornos. Nadie debería hacerlo, ¿verdad, Vicente?

El niño no sabe. Sólo sabe que tiene hambre. Le duele el estómago y le tiemblan las piernas. En todo el día sólo ha tomado una taza de cascarilla de cacao y comido un poco de pan añejo.

Afuera, la lluvia comienza a golpear los techos con su tristeza de monstruo abandonado.

El perro gime en el rincón y sus sordos la-

mentos acuchillan el silencio. ¿No dejará nunca de quejarse?

Ciro se sienta a su lado y le pregunta dolido:

—¿Te duele mucho, perro?

"Gitano" sigue quejándose con el hocico pegado a la tierra.

—¿Qué dirías si pudieras hablar, "Gitano"? ¿Qué piensas de la lluvia y de la sangre coagulada que bordea tus heridas? ¿En qué piensas, perro?... ¡Si supieras cómo te eché de menos! Fue la primera vez en cuatro años que no me acompañaste. Las calles se me hicieron más largas y el fracaso más duro sin tí. Los años no respetan a nadie, "Gitano". Tú deberías de haber sabido que ya no estabas para correr tras los camiones. Cuando la rueda te aplastó las patas, pareció que me habían arrancado un pedazo de carne; se me agrietó el alma y los ojos se me llenaron de angustia: nunca he sufrido más que en ese momento. Creía que te habían herido de muerte: estabas aullando en medio de la calle y la sangre te teñía de rojo el pecho y las patas. ¡Qué felicidad cuando vi que vivías! ¡Qué gozo, qué alegría, "Gitano", qué alegría! Era como si me hubiese brotado un sol dentro del cuerpo. Has estado junto a mí durante tanto tiempo, compartiendo mis llantos y mis risas, que más que a tí, sólo quiero al pequeño Vicente.

A ese pobre niño de diez años, que ahora trata de dormir para olvidar su hambre... Vicente,... ¡qué triste es, siendo tan niño! Estoy seguro que sus pensamientos son tan amargos y duros como los de un mendigo viejo.

"A él lo hicieron una mala noche, mi único hijo y una perdida que tenía los ojos grandes y el fuego de siete volcanes en el cuerpo. El era un muchacho tranquilo y bueno: tenía la sencillez del viento y la pureza del agua. Pero en menos de seis meses me lo hicieron oscuro y terrible como las entrañas del odio y de la muerte. Yo siempre supe que ella era una... bueno, que no era mejor que ninguna. Se lo dije muchas veces, pero él se reía. Estaba deslumbrado por ese miserable simulacro de amor. Cogido por la hoguera de la carne, se iba

consumiendo poco a poco. Con los ojos afiebrados, me decía: "Es como si la verdad estuviese en ese instante en que desligados de todo, damos pequeños gritos de placer, me siento subir tan alto, tan alto, que traspaso el mismo cielo. Es como si penetrase en un mundo totalmente desconocido:

ta, para un ser humano, en algo tan pequeño y sencillo, como un beso en los labios y unas pocas palabras de amor, le sea negada.

"Cuando se abrió la tierra para recibir su cuerpo, cayó sobre ella un despojo casi repulsivo; los buitres de esta vida no dejaron de él, casi nada para la muerte. Vivió rodeado por el desprecio de los patanes que se creen fuertes cuando ven la desgracia en otras carnes. Jamás he podido olvidar el temblor y la tristeza de su voz cuando me dijo, tratando de tocarme la cara: "¿Te hice daño, viejo?" Su lamentoso gimoteo de borracho vencido, es la peor herida que llevo en el alma.

"Después del grito y del llanto me dediqué a buscar a la mujer para entregarle el niño. Pero luego, perro, me fuí acostumbrando a su compañía y me quedé con él. ¡Desgracia grande! Nunca debí hacerlo. Si al hijo me lo mató el amor, al nieto me lo llevará el hambre . Y hoy como ayer, no puedo hacer nada por salvarlo. ¿Siempre el hombre ha de estar impotente contra todo? Este niño y este perro son míos, se acurrucan en el hueco de mis brazos, buscando protección. Y mis manos inútiles no pueden defenderlos. No puedo vendérselas a los hombres que han tenido mejor suerte, porque están muy viejas y tiemblan. ¡Qué brutal destino! Morir de hambre cuando el tiempo cansa los dedos.

Morir de hambre en medio de una ciudad de más de dos millones de habitantes y arrastrar en la caída a una pobre bestia muda y a un niño que no ha vivido nada, que no ha hecho mal a nadie, que no sabe lo que es el amor, que no conoce las calles ni sabe leer: eso es lo más extraño y cruel. Que muera yo, que soy viejo y ya nadie puede esperar algo de mí, eso lo comprendo, pero que agonice este niño que es la llama misma de la vida, eso no puedo comprenderlo. Alguien debería hacer algo por él; no es que yo quiera robarle a nadie lo que le ha costado su sangre y su sueño, pero me parece que nadie podrá llevarse sus autos y casas al cielo. Resulta desgarrador comprobar que mientras unos ablandan el pan duro con lágrimas, hay otros hastiados de gozar. Nunca he podido comprender el por qué de esa diferencia. No creo que en esto de pasar hambre y no pasarla, intervenga el azar. Tiene que haber una causa mucho más profunda. Algo que escapa a nuestras flacas inteligencias. Sí, porque vamos directamente hacia la destrucción, teniéndolo todo para llegar a la perfección. Es como cuando uno siente de pronto un dolor de muelas y va a...

—Abuelo, tengo hambre...

Castigada por esas palabras la pieza grita

martirio. Un silencioso sollozar de oraciones antiguas brota de los rincones.

El viejo se muerde los labios, bruscamente devuelto a la realidad. Ahogando un deseo desesperado de golpear las paredes, pone sus manos, con toda la ternura de su impotencia sobre el rostro del niño. Sus dedos oscuros y arrugados, resaltan como manchas de noche sobre la intensa palidez del rostro triste; le acaricia las mejillas, la frente y los ojos.

—Parece que me fuera cayendo, abuelo, parece que me fuera cayendo...

—¿Pero qué puedo hacer yo, criatura de mi sangre? ¿Qué puedo hacer? Nadie me presta plata, nadie me compra los Cristos ni me da. Estamos solos, Vicente. Totalmente solos.

Al frágil niño le da otra fatiga.

El perro gime.

Fuera llueve.

—¿Qué puedo hacer? ¿Ante quién puede ampararse la humanidad herida? ¡Oh, Dios, si existieras realmente!

Momentos después sale a pedir algo. Sabe que será inútil; sabe que la voz del hombre derrotado es sólo un pobre aliento. Pero no puede cruzarse de brazos.

La señora Elba le dijo:

—¿Piedad? Sí, tengo el corazón y las manos llenas de piedad; los pobres siempre tenemos piedad y rencor, desgraciadamente, eso no se come, Ciro.

—¿No puede prestarme ni quince pesos para un pan?

—No. No tengo nada, Ciro; nada más que piedad y rencor.

Antonio, el de la pieza veinte:

—Ni yo, ni nadie en este maldito conventillo, tiene un solo peso disponible para prestar. Parece

increíble, pero es así. Nos llaman flojos, irresponsables y borrachos, gritan que somos vagos, estúpidos y podridos. Dicen que podríamos vender diarios o tierra para las plantas. Pero nadie nos da ninguna remaldita oportunidad. ¡Hasta para cargar sacos en la vega hay que tener una placa! Es una situación ciega y sorda que no va a tener arreglo mientras viva la bestia de la ambición en las entrañas del hombre. Los nuestros agonizan y nosotros, atados de pies y manos no tenemos más remedio que asistir inmóviles al derrumbe de nuestras vidas. En estos mismos momentos, Ciro, están pasando cosas espantosas en todas partes: niños que mueren de hambre, muchachitas que se entregan por un vestido; hombres que roban y caen pre-

sos, hombres que matan y se suicidan, madres que enloquecen de sufrimientos. Es una caravana interminable, un desfile de pesadilla. Y los Jefes hablan de paz. Dicen: "Llueve, pero luego saldrá el sol y el alma aterida sentirá que renace a la vida, comprenderá, al ver brotar las flores, que éste es verdaderamente, un mundo en el que vale la pena vivir y morir". ¡Palabras, qué poca cosa son las palabras! ¿Cómo podemos ver las bellezas de la vida sí nuestros ojos están llenos de desilusión? ¿Cómo podremos reír, si sólo sabemos del dolor en nuestros corazones? No, no podemos sentir ninguna alegría; y de esto se desprende una verdad aterradora: Tanta desgracia nos está deshumanizando, quizás, luego, tampoco seamos capaces de sentir amor. Retrocedemos en el tiempo, Ciro, somos como piedras que van cayendo. La tierra se está convirtiendo en un mundo de bestias. Con el correr de los días, siento que voy perdieno la fe en todo... pronto no me importará robar o matar, porque más fuerte que todo, es el deseo de vivir.

Al cerrar Antonio la puerta de su destartalada pieza, el viejo Ciro siente deseos de llorar. La idea de que la vida es una cosa amarga y estúpida apuñala su ánimo. Pero hay que seguir adelante; eso es lo más terrible. Uno, de pronto se siente cansado hasta el fondo del alma y se pregunta

desesperado que hasta cuando tendrá que arrastrar ese montón de sueños muertos, esa carne herida. Y aprieta los puños y golpea las paredes, lo ahoga una violenta y cruel angustia, un tremendo deseo de huir, de arrastrarse lejos del mundo, de llorar y morir; pero no puede hacer nada de eso, uno no puede dejarse caer al suelo y cerrar los ojos. Uno tiene que andar, andar siempre, quiéralo o no, pasar de un día para el otro, avanzar y avanzar. ¿Hacia dónde? ¿Para qué? Eso uno no lo sabe. Sólo sabe que no puede tirarse sobre la tierra a esperar la muerte.

Las viejas paredes están mojadas. De los aleros de los techos, de los bordes de las artesas y de todas partes, cuelgan pequeños trozos de lluvia; todo llora, el cielo es una mancha cenicienta, tan ancha, que nadie ni nada se libra de ella. Cubre todo el conventillo, toda la calle, todo el barrio: todo lo que el ojo humano puede ver, está bajo esa hosca mancha muda.

Ciro mira cansadamente hacia lo alto y dice con tono grave, como si estuviese hablando con un viejo conocido:

—Estás perdiendo terreno en una forma terrible, compañero Dios. Yo creo que deberías bajar alguna vez: te necesitamos, bueno, no sé lo que piensan los demás, pero yo te necesito; quizás sea

por la misma razón que un hijo necesita a su padre, no lo sé, no llego a darme cuenta cabal de eso. Pero siento dentro de mí que me eres indispensable: estoy solo y desamparado, sangro y maldigo; tengo hambre, frío y dolor: te necesito, compañero. Quiero creer en Tí. Quizás escogiste en realidad el mejor mundo posible y lo que sufrimos sea poco o nada, comparado con lo que pudo ser si escoges otro; quizás estemos recién nacidos y dentro de algunos miles de años más, esto sea realmente perfecto y estemos maldiciéndote injustamente, quizás seamos una especie de conejillos de india, no lo sé, soy demasiado ignorante para juzgarte. Pero te pido por ese poco de sangre que me queda que por un momento te olvides de todo y me ayudes a salvar al pequeño Vicente. Entonces ya no me importaría nada y desplazarías al odio de mi conciencia para reinar en mí. Házlo, por favor, Gran desconocido.

Después de ésto sigue golpeando puertas. Y un mundo nuevo nace y le revienta en la cara a cada instante.

Y la lluvia cae y cae, monótona y triste, sin parar un segundo.

Mojado y herido de angustia, llega a la última pieza. Siente las rodillas tan heladas que le parece que se le han convertido en dos copos de nieve;

tirita. Mira al cielo y llama. La esperanza tiembla en un rincón de su alma.

Un hombre de aspecto extraño le abre. Le escucha atentamente. Piensa un poco, como si le costara entender. Después dice con calma:

—Te quejas de puro imbécil; tú estás mejor que todos nosotros: te lo demostraré en cuatro palabras.

Ese hombre sabe más cosas que el viento y Ciro le escucha con avidez, como si sus palabras fueran agua fresca y el estuviese muriendo de sed. pero se estremece de horror cuando le oye decir:

—Tienes un perro: Cómetelo.

Quiere protestar, pero las palabras no pasan por su garganta, se le atascan, se confunden y convierten en una pelota tibia que amenaza ahogarlo.

El hombre del último cuarto, tiene huellas de cruces en el fondo de los ojos, nieve de mucho tiempo en la cabeza y heridas antiguas cruzándole en rostro en todas direcciones; es flaco, sombrío y medio loco; viste harapos, duerme en el suelo de su horrible pieza y se alimenta de sobrados de comidas ajenas, de rencor, de ilusiones derrotadas y de retazos de sueños hermosos. Se llama Pablo y habla consigo mismo. Dice que sólo escuchando su voz, puede convencerse de que aún vive.

—¿Por qué pones esa cara de asombro? —dice ahora el viejo Pablo—. Comparado con lo que hacen los demás para seguir viviendo, matar un perro es juego de ángeles.

—¡Estás loco; nunca mataré a mi perro! —explota Ciro.

—¡Entonces mueran de hambre tú y tu nieto! ¿Vale más la vida de un miserable perro, que la de un niño? No, no tienes donde escoger; eres tú el loco..

—Comerme a "Gitano" en medio de una ciudad ansiosa de vida, sería matar la esperanza —Dios. Sería hundirse definitivamente.

—¡Yo no creo en Dios, viejo imbécil! —grita Pablo súbitamente furioso—. ¡Si no existiera el dolor no existiría ningún Dios! Escucha: un hombre fue herido, débil, sangrante y acosado, buscó desesperadamente a alguien más fuerte que todos. Pero estaba atrozmente solo, a su alrrededor sólo había piedras y tierra caliente y sobre él, nada más que una inmensa mancha celeste. Sangraba por cien heridas y sentía sed y miedo, un miedo profundo, enloquecedor que no había sentido jamás. Y entonces fue cuando nació en su pecho Dios. Y siguió la vida su curso. Pasaron años, siglos, milenios. Y siguió la vida. ¡Y otros hombres fueron heridos y tuvieron amparo! Dios nació en las en-

trañas de un hombre moribundo. Dios nace del miedo de estar solo. Brutalmente solo.

—¿Entonces... Dios no existe, realmente, Pablo?

—No.

Ese "no" atraviesa a Ciro de parte a parte, como un lanzazo. Lo deja totalmente desamparado. Piensa en todo lo que ha sufrido; en esos miles de horas amargas y filosas como cuchillas. ¿Y para qué? ¿Por qué?

—¡Qué cruel es todo! —dice anonadado—. Morir, morir después de haber sufrido tanto; quedar inmóvil para siempre, no respirar, no ver, no sentir. Moriré, algún día moriré. Nunca más veré las paredes de este conventillo, la cama en que duermo... ni mis manos, ni las estrellas; todo desaparecerá. Me hundiré en la tierra y caminarán sobre mi puñado de huesos, seres extraños que no conoceré jamás; pasarán micros por las calles, niños, hombres, mujeres, perros. Y no estaré con ellos... nunca más escucharé una voz humana. Nunca más... ¿Entonces, para qué tanta lucha inútil? ¿Para qué esos gritos implorando compasión, esos lamentos, esos llantos y gemidos? ¿Por qué esos vacíos desgarradores en el alma? No comprendo, Pablo. No lo comprendo.

—Yo tampoco comprendo el por qué de esta

despiadada búsqueda del pan para vivir, del techo para vivir, del amor para vivir. Nunca he podido explicarme cuál es la razón que hay para "ser". Cien buitres hambrientos nacieron conmigo. Me lo quitaron todo, nunca pude cubrir enteramente mis carnes ni saciar el estómago de los míos. El tiempo que nos dieron para vivir, lo pasamos llorando y suplicando en soledades de desiertos y terrores de tinieblas. Sufrí el martirio de hundir la cabeza en la tierra sucia, para no ver cómo mi compañera se entregaba a otro, por un poco de pan para los críos. Sé lo que es avanzar por los días sujetándose de brasas ardientes y de ortigas. Y sé que los hombres huyen del dolor ajeno como de la peste. Tu porquería de vida es la mía, Ciro: Yo también recuerdo cuando de mi sangre rota salían espectros; cuando me empecinaba en vivir y me brotaban navajas de los dedos y se me habría la piel de odio. Y ahora, al verme viejo derrotado y medio loco, siento que se me atraviesa en el cuerpo tu misma pregunta: ¿Por qué vivo? A veces he llegado a pensar que la vida es la muerte y la muerte la vida. ¿Quién puede asegurar lo contrario?

Se ha puesto rojo y tiembla, sus ojos brillan con extraña intensidad. Tras él, la llama de la vela parpadea y sus deformadas sombras se agitan

en la pared, retorciéndose en una danza de alucinante rebeldía.

El viento gruñe afuera; el cielo no deja de llorar; todo está oscuro y helado. Ciro siente una gran desesperanza. La voz del viejo golpea sus cansados sentidos aturdidoramente.

—...Tu Cristo y tu Dios están muriendo, pronto nacerán otros, así como nacerá otra gente. Mata al perro. A nadie le importará nada. Y cuando él se esté retorciendo díle que es sólo la vida, que en realidad tú no quieres hacerlo, que no eres culpable, que te obligaron. Dile todo lo que sientas, quizás eso te alivie un poco; también puedes llorar...

Ciro no puede resistir más y sale. Todo es inútil: el hombre sólo puede compartir dolores.

Las calles están mojadas y desiertas. El viento sacude los árboles y éstos estiran sus cien brazos en muda súplica. Se retuercen y gimen, pero no pueden huir y el agua y el viento siguen castigándolos.

"Me dijo que matara a "Gitano"..."

Todas las puertas están cerradas. No se oye el menor ruido humano; todo es muerto, inerte: los postes del alumbrado público, algunos cajones de basuras, un carretón de mano, estacionado a mitad de cuadra.

"Me dijo: ¿Vale más la vida de un perro, que la de un niño?".

Es un silencio vastísimo, que hace pensar en las tumbas y en las iglesias, en los bosques y en los abismos.

"Cierto, la razón es buena. Pero jamás podría hacerlo, sería un acto criminal y no podría encontrar consuelo. Aunque viviese mil años, su recuerdo me perseguiría como un espectro, donde quiera que yo fuese; estoy completamente seguro de eso: nunca tendría paz. Porque lo único que el hombre no puede hacer, es huir de sí mismo. Nadie puede hacer algo malo impunemente. Quizás Dios exista".

Es una desolación helada: cielo negro; largas calles vacías; viento: lluvia. Y algo que parece petrificado; pero que se mueve...

"Es mentira el olvido. Si uno fuese capaz de olvidar todo lo que le hace daño, la vida sería una cosa amorfa nadie temería a la muerte ni le importaría vivir. Y yo no tendría que estar buscando, desesperadamente, un asidero para no hacer algo malo, algo tan sucio y canalla, como es matar a mi perro para comérmelo. Para seguir viviendo. Yo no tendría que estar pensando tantas cosas para evadirme a una realidad que me está envenenando

por dentro, para evadirme a una idea que me está asesinando..."

...se arrastra o algo así: es una cosa enorme, invisible, que avanza, avanza, sin detenerse un segundo, es como un monstruo herido y sonriente o como... no; es inexplicable. Casi maravilloso, casi aterrador.

Una o dos horas después —es imposible calcular el tiempo que demora un hombre en decidirse—, Ciro regresa al cuarto. Su rostro ha tomado el color y podría decirse, la consistencia de la piedra. Coge el hacha y se pone a despedazar una de las sillas.

—Vamos a comer algo, Vicente —dice al niño con voz sombría.

Está como hueco por dentro. Trata de canturrear algo, pero al ver como le tiemblan las manos se calla.

—¡Es la vida!... Es sólo la vida.

—¿Qué dice, abuelo?

—Nada. Anda a buscar agua y lava la olla.

—¿Vamos a comer?

—Sí; ya te lo dije; anda a buscar agua.

El muchacho no se decide a ir.

—¿De verdad vamos a comer, abuelo?

—¡Anda dónde te mandé!

—Pero usted no ha ido al almacén...

—¡Obedece por las re...

Ahora se mueve. Lo hace con torpeza; está como ebrio de hambre. Le parece que el suelo sube y baja, se abre y se cierra, alternativamente, como si quisiera hundirlo o golpearle la cara. Rodeado de sombras y de lluvia siente miedo, el corazón salta en su pecho como pelota. "¡No me vaya a salir Dios, no me vaya a salir Dios!" El viejo ha sido impotente contra eso: Vicente cree que Dios es un perro. (Una vez, cuando era muy pequeño preguntó a su abuelo que dónde estaba Dios y el viejo le dijo que Dios estaba en todas partes. Entonces él miró hacia todas aprtes, pero no pudo verlo. Intrigado salió al patio y siguió buscándolo. Pero allí sólo encontró las espesas sombras de la noche, frío, desconcierto y al perro del vecino Andrés, que se manchó el hocico con sangre de sus piernas). Le parece que lo están esperando en todos los rincones, que van a saltar sobre él de un momento a otro; es incapaz de dominar sus nervios. Y como perdió a Dios tiene que buscar dentro de sí mismo algo más fuerte que ese insondable temor; pero dentro de él no hay nada, absolutamente nada que pueda elevarlo. Un vago rumor lo hace detenerse. Debió ser algún gato o algo que cayó empujado por el viento. Mira hacia todos lados; no ve nada, pero siente una serie de ruidos extraños. Suelta la

olla; las piernas comienzan a temblarle. "¡Abuelo, abuelo!" No puede moverse ni gritar. "¡Abuelo, abuelo!" Está sumido en un gelatinoso abismo de miedo, sus sienes palpitan locamente, como si fuesen a estallar. "¡Abuelo, abuelo!"

Cuando el viejo sale a buscarlo, lo encuentra tirado en el barro, con los brazos y piernas abiertas, como si hubiese querido refugiarse en la tierra.

Lo lleva al cuarto, lo desnuda y acuesta. Luego hace fuego a toda prisa rogándole a la muerte que espere.

Y "Gitano" lo ve ir y venir y quiere pararse, pero no puede hacerlo y entonces gime tiernamente, moviendo la cola.

El agua comienza a calentarse. Vicente se queja; mas el viejo no se decide. Un coro de voces negras, colgadas de sus vísceras le grita cruel y apremiante: "¡Mata al perro, mata al perro!" Luego, con el transcurso de los segundos, todo se va uniendo al coro: el canasto, el cajón que hace de velador, la tierra del suelo, los papeles y tiras; los entrecortados lamentos del niño y la lluvia que machaca el techo, todo dice lúgubre, aturdidoramente: "¡Mata al perro, mata al perro!"

Es una situación crítica. A Ciro le parece que todo se ha convertido en una gran tira de elástico

que se cortará de un momento a otro. Avanza hacia el animal. Las manos le tiemblan tanto que el hacha se le cae dos veces.

—"Gitano"... voy a matarte —le dice con voz trémula.

El perro para las orejas; lo mira juguetón y agradecido; saca la lengua; quiere lamerle las manos; es una blanda masa de cariño y ternura.

—Yo no quiero hacerlo. Dios sabe muy bien eso, no veo por qué no lo impide sabiendo que todo es daño; pero esas son cosas de él. Los hombres no podemos saber lo que piensa. Es extraño, perro, siempre quise saber cosas acerca de Dios. Lo busqué por todas partes: en el fondo de la maldad, del odio y del amor; por caminos oscuros y en el corazón de la primavera en la garganta de los pájaros y en la soledad de los hombres. Pero nunca pude encontrarlo ni saber como era. Cuando muchacho pregunté muchas veces si era hombre; nadie lo había visto nunca, pero me aseguraron que sí, que era hombre y tenía sexo, pero que vivía solo, más allá del cielo. Después me dijeron que no, que no tenía sexo, que era un ser infinito, eterno, inmutable, que era, en fin, algo así como un pedazo de noche, de viento, de día y de sol, que por eso era tan extraño y poderoso. Que tenía una mano llena de muertes y la otra rebalsando de vidas.

Otros decían que era un viejo cegatón y mal genio, que era un chivo sediento de venganza; que era bueno, que era malo; que existía, que no existía. Me dijeron tantas cosas que me sentí confundido y traté de olvidarme de El. Pero no pude hacerlo. Necesitaba saber si realmente había algo superior. Veía sufrir a la pobre gente y me parecía terrible que estuviese sola. ¿Era miedo? ¿Era tan sólo la egoísta necesidad de no temer a la muerte? No, era algo mucho más profundo, que no sabía explicarme. "No puedes verlo ni olvidarlo por que está dentro de tí", me dijo una mujer, cuando yo tenía veinticinco años. "Por eso me pegas y me besas, te ríes y lloras". Creí en eso durante un tiempo, pero luego comprendí que no podía ser así. Sería matar la recóndita esperanza de una luz tras la muerte, que cuelga de toda alma. Sería como echar ácido a los cimientos del mundo. Todo eso pensé y entonces volví a sentir dentro de mí esa especie de hambre, que me hacía vivir disconforme y como incompleto. Sólo cuando murió mi hijo, vine a ver las cosas con claridad. Me dije: "¿Por qué tuvo que sufrir tanto?". Un amor no correspondido lo convirtió en una ruina; todos lo abandonaron. Herido de desprecio, de hambre y de desilusión quedó solo frente a la bondad de Dios, no había nadie en este mundo que pudiera consolarlo:

Sólo El. ¿Por qué no lo ayudó? ¿Por qué fue indiferente a su desgracia? Y así como fue ciego ante mi hijo, es ciego con todos los vencidos. ¿Dónde está su infinita bondad, entonces? Para creer en Dios, tendríamos que creer, obligadamente, en otra vida y no podemos, de ninguna manera, creer en eso, pues tras esa absurda creencia vendría el desprecio total por esta vida. Puesto que luega nos esperaba la felicidad eterna, ¿por qué preocuparse? Si basta con vivir sin matar a nadie, para ganar el cielo, ¿por qué preocuparse de nada? ¿Por qué amar u odiar si luego lo tendríamos todo? Por otra parte, dicen las Sagradas Escrituras: "Hay de vosotros, los que estáis hartos! porque tendréis hambre. ¡Hay de vosotros los que ahora reís! porque lamentaréis y lloraréis" (1). Y en otro lugar: "Dad y se os dará: porque con la misma medida que midieres, os será vuelto a medir" (2). O sea, que de haber otra vida, sería exactamente igual a ésta; pero a la inversa: gozando los que aquí sufrieron y sufriendo los que gozaron. No, no, creer en otra vida, sería creer en una crueldad y en una estupidez inconcebible. Esta es nuestra única vida y aquí es donde necesitamos de su protección y estímulo

1) San Lucas 6-25
2) San Lucas 6-38

y bondad... bondad: esa es la palabra que lo borra de nuestras mentes. Los vencidos no podemos creer en Dios. Es risible creer, en un ser infinitamente bondadoso, cuando se está muriendo de hambre. Y si yo lo nombro y le hablo, es sólo porque mis padres y mis abuelos, lo nombraron y le hablaron. Y cuando yo lo...

Bruscamente alza el hacha. "Gitano" lo mira sobresaltado. Un décimo de segundo se cruzan sus miradas. Un décimo de segundo solamente... y no puede hacerlo.

—¡No puedo, no puedo! —dice con rabia, dolor y amargura —. Traté de engañarte y engañarme ocupando la mente en otras cosas, pero no puedo hacerlo; es imposible, así no, así no.

Respira con dificultad, algo áspero y agrio le corre por dentro desgarrándolo. Los ojos de "Gitano" están clavados en su rostro. Es como si tratara de explicarse algo que está más allá de su entendimiento.

El viejo gira los ojos en derredor, buscando con ansias algo que lo libere de ese tormento. Pero no ve nada más que paredes agrietadas y objetos inmóviles. "¡Si él enloqueciera de pronto y quisiera destrozarme!" "¡Si él enloqueciera..."

—¡Eso es!— grita exitado— ¡Odiame "Gita-

no", tienes que hacerlo! ¡Si fueras hombre lo harías, olvídate que eres una bestia y muérdeme! ¡Vamos, "Gitano", muérdeme!

Levanta el pie y comienza a patearlo: le pega en la cabeza, el cuello y las costillas. El grueso zapatón se hunde blandamente en la indefensa carne del animal.

Al recibir el primer golpe, "Gitano" lo mira con los ojos muy abiertos, manso y lastimoso, pero no trata de huir. Siente un dolor intenso en el hocico, luego en el estómago. Entonces se aplasta contra la tierra, se encoge, se hace un ovillo; luego comienza a aullar y se revuelca, tratando de arrastrarse y huir; pero no puede hacerlo; hace tiempo que no puede pararse.

—¡Muérdeme, muérdeme! —repite el viejo una y otra vez, con cadencias de locura.

Frenético le aplasta las patas heridas. El animal se contorsiona grotescamente, como si le hubiesen tirado aceite hirviendo. Su agudo y quebrado aullido, se hunde en la carne de Ciro, como una bala; le abre una profunda herida, lo sacude y aniquila. "¡Gitano, Gitano!" Es como si recién se diese cuenta de la magnitud del hecho; una repulsión atroz lo marea. Se siente envilecido, sucio y canalla, hasta la médula de los huesos. De pronto se ha convertido en una piltrafa: no vale nada.

La lluvia castiga el techo sin cesar.

Vicente tiene un ronquido extraño en la garganta.

Ahora el viejo parece un juguete roto. Mira al perro con una expresión abobada, vacua.

"Gitano" está apegado contra la pared tiritando, cubierto de sangre, de dolor y de miedo.

—No quiero hacerte daño, perro; tienes que creerlo; no quiero dañarte —murmura con ecos de letanía.

Se acerca a la olla, la destapa y se queda contemplando el minúsculo mar que gruñe dentro. El vaho caliente, pone rojo y húmedo su rostro; lo quema, pero el no parece darse cuenta. Una rara pesadez lo oprime, no es dolor; es algo mucho más profundo y trágico: siente miedo de vivir. ¿Qué tendrá que hacer mañana? Dentro de un año, ¿qué hará el hombre para subsistir? ¿Comerse unos a otros? Sí, algo así pasará. Es un destino aterrador. Ya no hay nada sagrado; el ser humano tiene que pisotearlo todo si quiere vivir. No puede querer a nadie ni a nada. Todo se quiebra, se mancha, se hunde y se deshace. Como dijo Antonio, la tierra se había convertido en un mundo de bestias. Se podía hacerlo todo, "había" que hacerlo todo: robar, engañar, violar, todo, todo; incluso matar. Y toda rebelión era inútil. Como una hoja

en la gran tormenta no puede escoger su destino; va y viene, cayendo sin saber por qué y alzándose sin comprender nada aún. Sólo la casualidad puede llevarlo donde él desea ir.

¿Entonces, no había ninguna esperanza?

—¿No hay ninguna? —se pregunta aplastado por una inmensa angustia—. ¿Tengo que matar a "Gitano"? ¿Estoy obligado a hacerlo?

Entonces es cuando la idea brota en su cerebro con la brutalidad de un relámpago. Es algo tan extraordinario, que lo aturde, confunde y anonada.

Queda un momento como en suspenso. Sus labios y sus manos tiemblan, su corazón late con violencia. Siente el cerebro como despedazado.

—¡Eso es: no lo mato! —dice de pronto con tal vehemencia que parece que algo ha estallado en él.

—¡No lo mato! —repite febril—. ¡No lo mato!

En sus ojos ha aparecido un brillo nuevo, terrible, como de enorme felicidad, como de martirio, como de triunfo.

Violentamente hunde las manos en el agua hirviendo. Sólo así puede estar seguro de no tener que matarlo luego, obligado por el hambre y la desesperación. Y la total certeza de haberse sacudido el milenario yugo, lo lleva, por un brevísimo ins-

tante, íntegro, hacia las grandiosas profundidades de la felicidad absoluta.

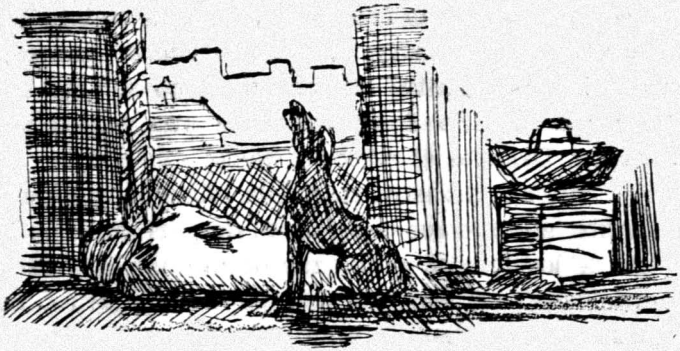
El atroz dolor desfigura su rostro en forma espantosa: los ojos parecen querer salírsele de las órbitas, como si algo los hubiese empujado desde adentro, la lengua escapa de su boca, lo mismo que víbora asustada; la frente se le llena de sudor. Quiere gritar, pero no puede hacerlo. Siente una especie de tirón dentro del pecho, como si algo se le hubiese cortado. Luego lo rodea una espesa nube negra. Después el vacío, el vacío.

Al caer arrastra tras sí la olla y el líquido caliente, muerde sus caderas, se desparrama a lo largo de los muslos y abraza sus piernas, a pesar de que las lleva forradas con papel de diarios, bajo las viejas medias de lana.

"Gitano" mira el cuerpo caído de un modo extraño, tenso e inmóvil, como si estuviese esperando que el viejo se levante; como si creyera que se va a levantar de un momento a otro.

Vicente tiene la cara y las manos color de luna.

Fuera, aún llueve



INDICE

	Pág.
Prólogo	9
La Madre de Juan	13
El Asesino	35
Crepúsculo	47
Difusa Esperanza	59
Los Vencidos no Creen en Dios	75

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN EL MES DE SEPTIEMBRE DE
MIL NOVECIENTOS SESENTA Y
DOS, EN LA EDITORIAL
ENTRECERROS, Vera 430.
SANTIAGO - CHILE